

OBEDIENCIA POR FE

Autor: Morris Venden

Año: 1985

jesusyyo.com

OBEDIENCIA POR FE	1
Introducción.....	3
Capítulo 1: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Porque la Biblia así lo Dice.....	14
Capítulo 2: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido a la Naturaleza de la Humanidad	28
Capítulo 3: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido a la Naturaleza de la Entrega.....	41
Capítulo 4: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido al Control de Dios	58
Capítulo 5: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido al Reposo del Sábado	81
Capítulo 6: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido a la Naturaleza del Arrepentimiento	90
Capítulo 7: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido a que es el Fruto de la Fe.....	104
Capítulo 8: La Obediencia Proviene Solo de la Fe Debido al Ejemplo de Cristo.....	114

INTRODUCCIÓN

La acusación original de Satanás contra Dios fue que su ley no podía ser obedecida. Cuando Adán y Eva la quebrantaron, el diablo se regocijó y añadió otra acusación: que Dios no podría perdonar al hombre. Satanás no imaginó que Dios mismo pagaría la penalidad del pecado. Pero la vida y la muerte de Jesús demostraría que los pecadores podían ser perdonados, y que la ley de Dios puede ser obedecida, no solamente por él, sino también por aquellos que vivieran la vida de fe como él lo hizo.

Este doble mensaje de perdón y obediencia es el corazón de la misión del remanente, durante el tiempo simbolizado por los tres ángeles, y la obra final de Cristo en el cielo. Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote, provee perdón para los pecadores y poder para obedecer. Ambas verdades son igualmente necesarias. Es extremadamente importante que el pueblo remanente comprenda esta doble obra de Cristo en el cielo; de otra manera, le será imposible cumplir su misión. La justificación por la fe – la obra de Dios por nosotros – y la justicia de Cristo – que

incluye la obra de Dios en nosotros – son los temas que debemos presentar al mundo que perece.

Apocalipsis 14:12 describe al pueblo remanente con estas palabras: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". La tónica de victoria para el pueblo de Dios corre a través del libro de Apocalipsis. Cada una de las siete iglesias recibe una promesa.

"Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios" (Apoc. 2:7).

"El que venciere, no recibirá daño de la muerte segunda" (vers. 11).

"Al que venciere, daré a comer del maná escondido" (vers. 17).

"Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones" (vers. 26).

"El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles" (3:5).

"Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí" (vers. 12).

Y finalmente, a la iglesia de Laodicea, Dios le proclama:

"Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (vers. 21).

El Deseado de todas las gentes, pág. 712 declara que la obediencia o la desobediencia será el último punto de disputa del conflicto entre Cristo y Satanás.

Sin embargo, nos encontramos en una gran dificultad. La mayoría de nosotros no se está desempeñando tan bien en el asunto de la obediencia. Luchamos con las mismas faltas y debilidades; caemos día tras día, y año tras año. Reiteradamente nos proponemos ser mejores, y nos esforzamos por reformarnos. Ejercemos un esfuerzo agotador en un intento de vivir vidas justas y fracasamos vez tras vez. A pesar de los recordativos de que la santificación es la obra de toda una vida, nos sentiríamos más cómodos si pudiéramos reconocer algo de progreso. Aun la seguridad de que Dios nos juzga por la tendencia de nuestra vida, y no por los actos buenos o malos ocasionales que realizamos, nos ofrece, a algunos, poco consuelo, porque nuestra tendencia, aparentemente, no es hacia arriba ni hacia abajo, sino sólo un perpetuo subir y bajar.

No obstante, el pueblo remanente está constituido por aquellos que guardan los mandamientos de Dios. El libro de Apocalipsis dirige sus promesas al vencedor. Por lo tanto, debe existir alguna forma de obedecer a Dios, de guardar sus mandamientos, de vencer, que hasta ahora ha sido pasada por alto por algunos de nosotros. El tema de la obediencia debe tener algo más que todavía necesitamos comprender.

Este libro es un intento de explicar en detalle lo que algunos creemos que es el descubrimiento más grande de la vida cristiana victoriosa. Es que la obediencia viene solamente por la fe en Jesucristo, lo que significa que el propósito de Dios es conducirnos a una relación de absoluta dependencia en él, lo cual le permitirá hacer lo que siempre quiso hacer: vivir su vida en nosotros. Una relación tal lo capacita para producir en nosotros "así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Y todo lo que Jesús hace, es verdadera obediencia.

Por largo tiempo sostuvimos dos creencias incompatibles. La primera, que podemos guardar los mandamientos de Dios y que podemos vencer (en el pasado hemos tratado más de una vez acerca de temas como el de la perfección). La segunda, creíamos también

que al mismo tiempo que necesitamos la ayuda divina, debemos obedecer por nuestros propios esfuerzos.

Hay quienes se sienten tan frustrados por la débil obediencia que han sido capaces de producir por sus propios esfuerzos, que deciden borrar la creencia en la victoria, en la obediencia y en la superación, y ajustar su teología a su experiencia. Argumentan que es imposible obedecer en forma alguna los mandamientos de Dios, y así, sin darse cuenta, se unen al enemigo en una de sus mayores acusaciones contra Dios.

Si bien es cierto que nuestra aceptación de parte de Dios no resulta de nuestra obediencia, esto en ninguna forma desacredita la verdad de que Dios tiene poder disponible para guardarnos de pecar. La persona que se desanima y renuncia a la seguridad de la salvación por causa de su conducta equivocada, simplemente publica el hecho de que es un legalista. De la misma manera, el individuo que siente que no tiene seguridad de su salvación, a menos que pueda creer que la imperfección es todo lo que Dios espera, también es legalista. Ambos grupos fundamentan la seguridad de su salvación en sus realizaciones y conducta, aunque de diferentes perspectivas.

Son buenas noticias comprender que existe una tercera alternativa. Podemos creer en la justificación por la fe sola y tener completa confianza en nuestra aceptación delante de Dios, basada totalmente en lo que Jesús hizo ya a nuestro favor. Al mismo tiempo, podemos aceptar la verdad de que la obediencia y la victoria están disponibles y que pueden ser una realidad en nuestra vida hoy. La obediencia es sólo por la fe, así como el perdón es solamente por la fe. Pablo lo dijo hace mucho tiempo: "Por lo tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él" (Colosenses 2:6).

En este libro consideraremos cuidadosamente ocho razones principales por las cuales la obediencia puede producirse sólo por la fe. Las mencionaremos brevemente y luego dedicaremos un capítulo para examinar cada punto en detalle.

1. Porque la Biblia lo dice así.

En Romanos 1:17 Pablo declara: "El justo por la fe vivirá". ¿Quién es el justo? Aquel que ha aceptado la gracia justificadora de Dios. Y aquí la Biblia nos dice que el justo – quien ha sido justificado – vivirá por fe.

2. Debido a la naturaleza de la humanidad.

Romanos 5:19 declara que, por el pecado de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores.

"Nuestro corazón es malo, y no lo podemos cambiar" (El camino a Cristo, pág. 16). Juan 3 nos dice que a menos que nazcamos de nuevo, no podremos ver el reino de Dios. Si eso es verdad, hay algo que está mal en relación con nuestro primer nacimiento. Varios siglos antes, Isaías declaró que todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia (Isa. 65:6). De modo que nuestra misma naturaleza revela que la obediencia puede ser posible únicamente por la total dependencia de otro poder, un poder exterior a nosotros mismos.

3. Por la naturaleza del pecado.

Significa que debemos renunciar a intentarlo nosotros mismos (Rom. 9 y 10). Si cesamos de tratar de tener éxito por nuestra propia cuenta, debemos depender del poder de alguien más. Es imposible tratar de hacer las dos cosas, esforzarse por obedecer, y al mismo tiempo renunciar a la posibilidad siquiera de obedecer. Renunciar, niega la posibilidad de esforzarnos por lograr alguna cosa. Pero cuando renunciamos, o nos sometemos, nos colocamos bajo el control de Dios.

4. Dios desea que seamos controlados por él. De acuerdo con Romanos 6, tenemos dos opciones en este mundo, dos posibilidades en cuanto a quién está en control de nuestras vidas – o Dios o el diablo. No hay terreno intermedio. Elegimos cuál de los dos poderes queremos que nos gobierne. El de Dios es un control de amor, y si nos entregamos a él, seremos obedientes.

5. Dios nos ofrece descanso al vivir la vida cristiana, como también descanso de la culpa del pecado. "Queda un reposo para el pueblo de Dios" (Heb. 4:9). (Nótese que esto es para el pueblo de Dios, formado por los que lo han aceptado y que han llegado a ser sus hijos). "Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas" (vers. 10).

6. La naturaleza del arrepentimiento así lo requiere.

El arrepentimiento no procede de nosotros mismos, sino que es un don de Dios (Hech. 5:31). ¿Y qué es arrepentimiento? Es tristeza por el pecado y abandono de este. Así que, si el arrepentimiento es un don, y el arrepentimiento es tristeza por el pecado y abandono de este, entonces el apartamiento del pecado debe ser también un don de Dios. No es algo que nosotros logramos, sino algo que recibimos.

7. En Juan 15 Jesús hizo claro que la obediencia es un fruto de la fe.

El fruto es el resultado de alguna otra cosa. No lo conseguimos tratando denodadamente de producirlo; es la consecuencia natural de las actividades de la Vid viviente. Si estamos conectados a la Vid, produciremos fruto, espontánea y naturalmente, porque no podremos hacer otra cosa.

8. Y finalmente, Jesús nos dio el ejemplo máximo (Juan 14:10).

Jesús hizo todo en su vida mediante un poder superior a él, más bien que por su propia fuerza interior. Vino a este mundo no solamente para morir por nosotros – para pagar la penalidad del pecado – sino también para mostrarnos cómo vivir dependiendo de un poder superior. Jesús vivió una vida de obediencia por la fe, y llegó a ser el más grande argumento en favor de que nosotros también podemos vivir como él vivió.

En resumen, quisiéramos subrayar el hecho de que la obediencia por la fe es algo que sólo el cristiano consagrado puede entender o experimentar. No es simplemente otra forma de autoayuda, una modificación de la conducta o un pensamiento positivo que ofrece un

cambio exterior para los que tienen suficiente fuerza de voluntad para lograrlo. La obediencia por fe puede proceder solamente del corazón, y sólo en la persona que vive en comunión diaria con Cristo.

Para la persona que ha sido justificada, perdonada y puesta en una relación correcta con Dios por la aceptación de lo que Jesús hizo en la cruz, la obediencia por fe es un tema tranquilizador y virtualmente esencial. Sólo el que ha aceptado la relación restaurada, que es el objeto de la justificación, y está otra vez en comunión con Dios, lo encontrará significativo. Por lo tanto, este es un libro solamente para cristianos, para los que tienen esa relación.

Por consiguiente, nos dedicaremos la mayor parte del tiempo volviendo a enfatizar el hecho de que la obediencia no es la base de nuestra salvación – esto es, cuán bien estamos venciendo no determina nuestra posición de hoy delante de Dios. En otras palabras, nunca podremos encontrar el fundamento de nuestra seguridad en nuestro desempeño o conducta, ya sean buenos o malos.

Pero para la persona que ha aceptado la gracia justificadora y que está en relación con Dios, la obediencia mediante la fe en Jesucristo llega a ser las buenas nuevas de lo que Dios desea hacer en nosotros y mediante

nosotros, para glorificar su nombre ante el mundo y el universo.

CAPÍTULO 1: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE PORQUE LA BIBLIA ASÍ LO DICE

Hace algún tiempo, después de pedir un sándwich en el restaurante del aeropuerto, lo dejé en el mostrador y me retiré porque tenía algo más que hacer, y luego tuve que volver para retirarlo. Pero si hubiera comprado un Mercedes, habría sido muy difícil que me olvidara de buscarlo de la agencia.

"¿Recibirá un hombre lo que compró? – preguntaron cierta vez Jones y Waggoner –. Si un hombre va a un negocio, y luego de pedir un artículo lo paga, ¿cambiará súbitamente de idea y abandonará el lugar sin llevar consigo lo que compró? Por supuesto que no. Si pagó por algo, ciertamente lo llevará. Jesús pagó por nosotros. Pagó el precio más elevado que existe, su propia preciosa sangre. Se dio a sí mismo por nosotros. Por lo tanto, podemos estar absolutamente seguros de que nos aceptará".

El infinito e inapreciable don de Jesús, proporciona la certeza de que somos aceptados por Dios porque aceptó

el sacrificio de Jesús. Y diariamente podemos renovar nuestra alabanza a Dios por esto. Únicamente quienes han sido aceptados, y saben que han sido aceptados, pueden estudiar debidamente el tema de la obediencia. Quien se siente rechazado, de sólo pensarlo experimenta desánimo. Todos sabemos, si hemos estudiado lo que dice la Biblia, que la gracia – un don de Dios – nos salva por medio de la fe (Efe. 2:8-9).

Pero hay algo que no todos saben, y que puede llegar a transformarse en un serio problema, aun entre los adventistas del séptimo día. No todos percibimos que debemos vivir por fe, así como llegamos inicialmente a Dios por medio de la fe. "Porque por fe andamos, no por vista" (2 Cor. 5:7). Vivimos solamente por fe. La obediencia viene sólo por fe. Ni más ni menos.

Hoy algunos que piensan que si uno ha de ser afecto a la fe, tiene que mostrarse hostil a la obediencia; y que, si se insiste en la obediencia, debe mostrarse opuesto a la fe. Pero no es así; de hecho, los que rechazan la fe, inevitablemente serán desobedientes también, y viceversa. Las dos cosas van juntas. No obstante, muchas personas tienen una seria incomprensión de lo que significa la vida cristiana, y de cómo son posibles la obediencia y la victoria.

Hace pocos años, el redactor de la Adventist Review (Revista Adventista) habló a una congregación en una reunión campestre de la Asociación de Washington:

– Tengo una pregunta para hacerles – dijo –. ¿Cuántos de ustedes creen que somos salvos solamente por fe?

Una o dos manos se levantaron y se bajaron rápidamente.

– ¿Cuántos de ustedes creen que somos salvos por las obras solamente? Nuevamente una o dos manos se levantaron, pero volvieron a desaparecer casi al instante. Luego preguntó:

– ¿Cuántos creen que somos salvos por la fe y por las obras?

Ahora sí, la mayoría del resto de las manos se levantaron, agitando en el aire abanicos de papel. Observando la respuesta, el redactor comentó:

– Espero que antes de que terminemos esta reunión, hayan cambiado de idea.

Y procedió a predicar un poderoso sermón en el cual establecía de manera muy enfática su convicción de que somos salvos sólo por la fe en Jesús.

El conocido pasaje de Romanos 4:5 declara: "Pero al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia".

¿Significa eso que Dios justifica a gente impía? Eso es lo que dice. "Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; pero al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia".

La iglesia ha tenido algunas dificultades con este concepto. Admitámoslo. Los argumentos sobre este tema han sido muy intensos en ciertos círculos. ¿Creemos realmente que somos salvos solo por la fe en Cristo Jesús en todo lo que concierne a nuestra esperanza de vida eterna? Si comprendemos realmente algo de lo que Jesús proveyó por nosotros en la cruz, debemos aceptar las grandes declaraciones bíblicas de que somos salvados por gracia, por medio de la fe. Ellas son una parte integral del Evangelio.

Sin embargo, la naturaleza humana ha contendido con esta idea por siglos. Los reformadores lucharon y murieron por ella. Ha sido difícil comprender que es imposible para el ser humano ganar o merecer la gracia o el favor de Dios. No obstante, este hecho sigue siendo el fundamento del

Evangelio. Dios no actúa sobre un sistema de méritos, sino de dones. Y todo lo que podemos hacer para esperar la vida eterna, es aceptar y responder continuamente a lo que él ya hizo por nosotros en la cruz, y continúa haciendo día tras día.

La soteriología, la ciencia de la salvación, tiene tres aspectos.

(1) El primero es el de la justificación por la fe – la verdad de que Jesús hizo provisión en la cruz no solamente para perdonar nuestros pecados, sino también para tratarnos como si nunca hubiéramos pecado.

(2) El segundo va más allá de la comprensión de que Jesús perdona nuestros pecados pasados – porque incluye el poder, a través del Espíritu Santo, que nos capacita para lograr la victoria sobre nuestros pecados, fracasos y equivocaciones presentes.

(3) Y el tercero, es la esperanza de liberación de un mundo de pecado cuando Jesús regrese.

Estos tres elementos, todos ellos, son buenas nuevas. Aunque otros cristianos evangélicos de nuestros días enfatizan la justificación por la fe y lo que Jesús hizo por nosotros; y un número creciente destaca la venida de

Cristo y la glorificación cuando él retorne, la iglesia remanente tiene una misión única, que va más allá de lo que los reformadores predicaron. Es la misión de edificar las paredes sobre el cimiento del Evangelio.

¿Cuáles son esas paredes? La verdad de que Dios puede salvarnos de nuestros pecados presentes, de nuestros fracasos presentes. Él está interesado en hacerse cargo no solamente de nuestras faltas y pecados pasados, sino también de nuestros errores presentes y futuros. Dios no solamente tiene perdón para el pasado, sino también poder para el presente. Nuestro Señor no solamente limpiará y purificará nuestros registros, sino también nuestras vidas. Esta es una porción del Evangelio que se vuelve particularmente significativa durante el período descrito en el libro de Apocalipsis, un período cuya nota tónica es triunfo y victoria.

En cierta ocasión estaba conversando con alguien acerca de cómo creía yo que Dios nos ofrece poder que nos capacita para obedecer sus mandamientos. Y la otra persona dijo: "¿Los guardó usted ayer?"

¿Cómo contestaría usted esta pregunta? "Eso no es de su incumbencia" – le dije –. Y en seguida le hice yo una

pregunta: "¿Estará Guillermo Miller en el cielo?" La persona respondió: "Espero que sí".

"No, esa no es la respuesta a mi pregunta. ¿Va a ir al cielo? ¿Sí o no?" "No puedo decirlo, no me corresponde". "Ni tampoco le corresponde saber si yo guardé o no ayer los mandamientos. Eso le corresponde solamente a Dios".

Es fácil caer en la tentación de preguntar: "¿Quién realmente lo ha logrado?" y pasar por alto la verdad registrada en Apocalipsis 14:12. Al fin del tiempo habrá un grupo de gente que guarde los mandamientos de Dios. Podrán no ser identificables para el observador descuidado. Aun ellos mismos quizás no se den cuenta de sus propios logros – por la simple razón de que no serán propios. Son obra de Dios. Y sabemos que cuanto más nos acercamos a Jesús, menos impresionados nos sentiremos con nuestra propia vida.

Aunque no podemos señalar a otros – o a nosotros mismos – y decir: "Él lo ha logrado, ella lo ha alcanzado, yo lo hice", Apocalipsis 14:12 sigue estando allí, y dice: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús".

Resulta interesante notar que el libro de Apocalipsis describe a los santos guardadores de los mandamientos

como pacientes. Si usted es uno de los que tendrán la fe de Jesús, perseverarán hasta el fin y guardarán los mandamientos de Dios, deberá tener paciencia también. ¿Se ha sentido alguna vez impaciente con su conducta y desempeño? Es fácil que así sea. Y con todo, debemos permitirnos ser tan pacientes con nosotros mismos, como Dios lo es con nosotros.

Según Romanos 1:16-17, la primera razón por la cual la obediencia se logra solamente por fe – y únicamente por fe – es simplemente porque la Biblia lo dice así. "Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío, primeramente, y también al griego. Porque en el Evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Pero el justo por la fe vivirá".

El sacrificio de Cristo en la cruz aseguró salvación a todos los que lo acepten. Un pecador responde al poder convincente del Espíritu Santo, y llega a Dios tal cual es. Y por Cristo es puesto en una correcta relación con Dios. La sangre de Cristo cubre sus pecados, y está delante de Dios como si nunca hubiera pecado. Aceptado en el Amado; contado como justo. Y Pablo agrega: "Pero el justo por la fe vivirá". La frase aparece varias veces en la Escritura.

Primeramente, en Habacuc 2:4. Pablo más tarde la cita otra vez en Gálatas 3:11 y en Hebreos 10:38. "Pero el justo por la fe vivirá".

Si el justo – el que ha sido justificado – ha de vivir por fe, entonces, lo primero que debemos hacer es comprender qué es fe.

Elena de White declara en Patriarcas y Profetas, pág. 712: "Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe". De modo que la fe es extremadamente importante en la obediencia y la victoria.

Existe mucha incompreensión acerca de lo que es la fe. Una pseudo-fe, que no es nada más que un pensamiento positivo, ha estado perturbando al mundo cristiano por años. Sin embargo, una de las mayores evidencias de la fe genuina, es que es totalmente espontánea. No es algo que nosotros logramos o resolvemos. Si pudiéramos comprender claramente este único punto, nos protegería de aceptar la fe falsificada tan prevaleciente en nuestros días. La fe viene como resultado natural de alguna otra cosa. Y aunque la obediencia es el fruto de la fe, la fe en sí misma es también un fruto. Efesios 2:8-9 nos recuerda que somos salvados por gracia, mediante la fe, y que esto no

es de nosotros. Ni la gracia ni la fe son de factura humana. Ambas son dones de Dios.

Dios concede el don de la fe en cierta medida a toda persona. Todos los seres humanos que nacen en este mundo y que tienen alguna capacidad mental, reciben una medida de fe (Rom. 12:13; La educación, pág. 247).

Dios nos ha dado a todos suficiente fe como para comenzar. Pero ésta no es una fe salvadora, porque no todos se salvan. A fin de poseer una fe salvadora, debemos tener más de la que originalmente Dios dio a cada uno.

"La fe que nos capacita para recibir los dones de Dios, es en sí misma un don del cual se imparte una porción a cada ser humano. Aumenta a medida que se la usa para apropiarse de la Palabra de Dios. A fin de fortalecer la fe debemos ponerla a menudo en contacto con la Palabra" (La educación, pág. 247).

Algunos piensan que la manera de ejercitar la fe es esforzándose uno mismo a creer que alguna cosa fuera de lo ordinario ha de ocurrir – o meterse en algún problema y creer que Dios lo ayudará a salir de él. Pero la ejercitación de la fe no es girar un cheque sin fondos, y abrigar la esperanza de que Dios vendrá con los fondos para cubrirlo. Eso es presunción. Y aunque este es un ejemplo extremo,

a menudo es el caso con nuestro así llamado ejercicio de la fe, de avanzar por fe, que termina dañando nuestra confianza en Dios en vez de fortalecerla. Mientras que Dios tiene mil maneras de responder a nuestras necesidades, la forma en que esperamos que él obre, puede no ser ninguna de ellas.

Cada vez que intentamos incrementar nuestra fe esforzándonos para convencernos de que algo va a ocurrir, no estamos realmente ejerciendo la fe. Más bien la fe tiene que ver con nuestro contacto con la Palabra de Dios. "La fe viene por el oír y el oír por la palabra de Dios" (Rom. 10:17).

Cuando nos ponemos en contacto con la Palabra de Dios, nos ponemos en relación con Jesucristo. Y al aprender más de él, comenzamos a experimentar una relación salvadora con él. La verdadera fe o confianza, viene de esta relación. Esta no puede existir sin ella. La fe consiste en confiar en alguien más.

En el momento en que tenemos fe, poseemos por lo menos dos componentes. No puede haber fe con sólo una persona. Además, la fe es la dependencia de una persona en otra. ¿Cómo ocurre esto? Ante todo, usted debe encontrar a alguien digno de confianza; y segundo, debe

llegar a conocerlo. Entonces sólo así confiará en él, espontánea y naturalmente. Eso es lo que queremos decir al mencionar que la fe es la consecuencia de alguna cosa – el resultado de una relación. "La fe significa confiar en Dios" (La educación, pág. 247).

¿Cómo desarrollamos una relación? Mediante la comunicación. ¿Cómo podemos comunicarnos con Dios? A través de su Palabra, que es el medio por el cual nos habla, y por la oración, el medio por el cual nosotros le hablamos. Y también mediante la concurrencia a sitios donde sabemos que nos encontraremos con él – la iglesia – y la realización de obras juntos – obra misionera. A través de estos sencillos medios es como puede existir una relación, y cuando nos familiarizamos con él, confiaremos en él, y natural y espontáneamente tendremos fe en él.

De modo que la fe nunca es algo que obtenemos por nuestro propio esfuerzo. Donde debemos colocar nuestros esfuerzos es en el logro de la relación con él, en la comunicación con él; y al dirigir nuestra atención a Jesús, obtenemos fe.

Consideremos por un momento cómo llegamos a aceptar a Jesús como nuestro Salvador personal. A través de su Palabra, por medio de su lectura, o escuchándola en

el testimonio de alguien más, es como descubrimos algo de su amor. Percibimos cómo es él, comprendimos que Cristo nos aceptaría, nos perdonaría y nos limpiaría de toda injusticia.

Oyendo la Palabra predicada o leyéndola por nosotros mismos, comenzamos a familiarizarnos con él. Luego respondimos hablándole personalmente mediante la oración. Al hablar con él, le confesamos la necesidad del gratuito don de la salvación, de su gracia. Finalmente aceptamos su ofrecimiento de salvación, y él nos perdonó y nos justificó. Uno de nuestros primeros impulsos al experimentar la paz de la aceptación y de la armonía con Dios, fue el de contar a otros las buenas nuevas.

¿Supo alguna vez de alguien que llegó a ser hijo de Dios sin conocerle, sin haber hablado con él, y sin haber comunicado a otros la buena nueva? ¡Imposible! Colosenses 2:6 dice: "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él". Vivimos la vida cristiana exactamente en la misma forma en que la comenzamos. "Pero el justo por la fe vivirá". No nos esforzamos denodadamente para ser justos, ni para tener fe. En vez de ello, dirigimos todos nuestros esfuerzos a

lograr una relación de confianza con Jesús, y él nos da la fe y la justicia como dones gratuitos.

Justamente antes de que Jesús regrese, el último gran tema no será si Jesús murió o no por nuestros pecados, o si su sacrificio fue suficiente para cubrir nuestra culpa; la última gran contienda será sobre la obediencia y la desobediencia. El mundo entero tendrá que enfrentarla. (El Deseado de todas las gentes, pág. 712).

Por mucho tiempo, como iglesia enfatizamos la necesidad de la obediencia, visualizándola como nuestra misión. Pero dimos la impresión de que la obediencia es el resultado de arduo esfuerzo de nuestra parte. Creímos que Dios ayuda a los que se ayudan. Nuestras resoluciones, decisiones y promesas fueron interminables, mientras probábamos y fracasábamos una y otra vez. A pesar de ello, todo el tiempo Jesús estuvo esperando pacientemente con los brazos extendidos diciéndonos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28).

CAPÍTULO 2: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO A LA NATURALEZA DE LA HUMANIDAD

La Biblia contiene una multitud de referencias con relación a la condición caída de la humanidad.

Rom. 5:12 declara que "como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron".

"Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (vers. 19). Es una verdad bíblica que todos somos pecadores. Nosotros – a diferencia de Cristo – somos pecadores porque nacimos en un mundo de pecado, y si pecamos o no alguna vez, no es lo que importa. Somos pecaminosos.

En El Camino a Cristo (pág. 16) se dice: "Nuestro corazón es malo, y no lo podemos cambiar." Es la condición de todo ser humano venido a nuestro mundo. "No hay justo, ni aun uno" (Rom. 3: 10). "No hay quien haga

lo bueno, no hay ni siquiera uno" (vers. 12). "Toda injusticia es pecado". 1 Juan 5:17 lo dice, y 1 Juan 1:8 nos recuerda que "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos".

Efesios 2:3 revela que somos por naturaleza hijos de ira. Según Rom. 7:18, en nuestra carne no mora el bien. Y Rom. 8:7 claramente nos dice que "los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". La lista de textos podría extenderse mucho más. Pero hay un importante pasaje de las Escrituras que con claridad prueba que somos pecaminosos por naturaleza (Juan 3).

Nicodemo, el intelectual, visitó a Jesús de noche. "Señor, eres un gran maestro – comenzó –. Yo pertenezco al Sanedrín, así que, ¿por qué no conversamos? ¿Por qué no pulimos un poco algunos entremeses intelectuales? Jesús lo miró directamente. "Lo que necesitas, Nicodemo, es nacer de nuevo".

Nicodemo trató de cambiar el tema y Jesús le permitió que repitiera lo que tenía pensado decir. Pero en cuanto hacía una pausa, el Maestro repetía: "Necesitas nacer otra vez". Jesús continuó recordando al líder judío, que a menos

que se experimente el nuevo nacimiento no se puede ver el reino de Dios.

Si nadie puede entrar en el reino de Dios sin haber experimentado el nuevo nacimiento, entonces hay alguna cosa que anda mal con el primer nacimiento. Nuestra condición pecaminosa es el resultado de haber nacido en un mundo en rebelión contra Dios. Así es de sencillo.

Algunos encuentran problemático este concepto. ¿Qué quiere decir, – preguntan – que el pecado es algo que está en los genes y en los cromosomas?" No, no creo que haya alguna evidencia para probarlo.

Entonces, ¿qué es el pecado original? Bueno, no tenemos en mente lo que Agustín tuvo en mente. Su idea podría ser rotulada como culpa original. Pero la confesión de Augsburgo no está tan errada. Mi posición es similar. Nacemos separados de Dios, y así permaneceríamos para siempre, sin esperanza, si no hubiera sido por la cruz. Pero por causa del Gólgota, no necesitamos permanecer en esa condición. Dios nos ofrece a cada uno la opción de nacer de nuevo.

El primer síntoma del nacimiento enajenado de Dios es el egocentrismo. ¿Se ha sentido perturbado alguna vez, al ver a un recién nacido, con el pensamiento de que es un

pecador? Pregúntese si ese niño es egocéntrico. No importa que la madre acabe de llegar del hospital y que todavía no se sienta muy bien. Ni que el padre trabaje todo el día arduamente y esté muy cansado. O que sean las dos de la mañana. Si el bebé desea ser alimentado, cambiado o atendido, lo exige así y enseguida. Todos nacemos egocéntricos, y sin Cristo permanecemos en esa condición. Sólo aprendemos a disimularlo un poco al ir creciendo. Y es de ese egocentrismo que surge todo lo que llamamos "pecados".

A través de nuestra vida – a semejanza de Cristo – continuamos siendo pecadores por naturaleza, ya sea que hagamos algo equivocado o no.

"Ningún apóstol o profeta pretendió haber vivido sin pecado. Los hombres que han estado más cerca de Dios, los hombres que estuvieron dispuestos a sacrificar la vida antes de cometer a sabiendas un acto pecaminoso, los hombres honrados por Dios con luz divina y poder, confesaron la pecaminosidad de su naturaleza" (Los hechos de los apóstoles, pág. 463).

Cuando Pablo dice: "Cristo murió por los pecadores, de los cuales yo soy el primero", no quiere decir "estoy

cometiendo equivocaciones todo el tiempo; estoy pecando constantemente".

Pablo también declaró: "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (Rom. 6:1-2). Él estaba confesando la pecaminosidad de su naturaleza. Afirmó que la justicia en su vida provenía de Cristo quien vivía en él (Gál. 2:20), y no de sí mismo.

Recordemos, sin embargo, que haber nacido en estado pecaminoso no significa que estamos perdidos. Dios no nos hace responsables por el hecho de haber llegado a un mundo egoísta y enajenado de él. Por lo único por lo cual nos considera responsables es por la manera como respondemos a su ofrecimiento de salvación cuando lo recibimos y comprendemos.

Hemos escuchado alguna vez el cuento de que los bebés se salvarán o perderán de acuerdo con el destino de sus padres?

Fue realmente un alivio leer en Mensajes selectos, tomo 2, pág. 297 acerca de niños en el cielo sin sus padres. Dios nunca nos condenó por haber nacido en un mundo

en rebelión. El pecado original no significa culpa original (Juan 9:41; 15:22-24; Sant. 4:17).

Si nuestros corazones son malos y egocéntricos y no podemos cambiarlos – y si permanecieran así hasta que Cristo venga – ¿cómo podríamos obedecer alguna vez? Jesús pregunta en Mateo 7:16-18: "¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos". ¿Puede una persona pecaminosa por nacimiento, llegar alguna vez a producir buen fruto? ¿Es imposible la obediencia?

Isaías 61:3 nos da una respuesta: "A ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya". De modo que es posible para individuos de naturaleza corrupta, experimentar la realización de un milagro, a través del poder de Dios, que los transforme en árboles de justicia; que los capacite para producir buen fruto – buenas obras que glorifiquen a Dios.

Nosotros llamamos a un milagro tal, conversión o nuevo nacimiento. Es una obra sobrenatural efectuada por

el Espíritu Santo (Juan 3:5), la cual produce un cambio de actitud hacia Dios. Antes de su conversión, una persona no se interesa en las cosas espirituales. No encuentra gozo en la comunión con Dios. Pero después de su conversión, las cosas de Dios le atraen (Rom. 8:7; Eze. 36:26-27). Y crea también una nueva capacidad de conocer y amar a Dios que no existía antes (1 Cor. 2:14).

El comienzo de la vida espiritual conduce a una obediencia voluntaria a todos los requerimientos de Dios. Sin embargo, una fructificación tal para la gloria de Dios, no se produce de la noche a la mañana (Mar. 4:28). La conversión inicia nuestro crecimiento espiritual, así como la germinación de la semilla es el primer paso en el crecimiento físico.

De acuerdo con lo que se nos dice en El Camino a Cristo, pág. 17, el nuevo corazón guiará a una nueva vida. Aunque el Espíritu Santo nos da un corazón nuevo instantáneamente, la nueva vida proviene de un cambio gradual. "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15).

Quisiera subrayar el hecho de que la nueva vida que surge de la conversión es un proceso. Muchos jóvenes que durante una semana de oración llegan al punto de la

conversión, de la entrega de sus vidas a Dios, y que son sinceros al hacerlo, descubren al día siguiente de terminada la semana de oración que todavía tienen problemas y fallas en sus vidas, y concluyen que en realidad no se convirtieron. Desistiendo, esperan hasta la siguiente semana de oración, campamento o llamado de altar. No debiera ser así.

Jesús mismo enseñó el concepto del crecimiento. El hijo pródigo, que se convirtió mientras cuidaba cerdos, dio media vuelta en dirección a la casa de su padre. Experimentó un gran cambio en su actitud hacia su padre; surgió en él una nueva capacidad de apreciar su amor. Pero inmediatamente después de su conversión, estaba todavía en la pocilga –apenas había dado media vuelta para cambiar de rumbo. Le aguardaba el largo viaje de regreso a la casa de su padre.

Sim embargo, una persona que ha nacido de nuevo no preservará la nueva vida, a menos que mantenga una conexión vital con Dios. Un recién nacido, en el sentido físico no crecerá rápidamente, ni mantendrá ese poco de vida que tiene, si rehúsa comer, respirar o hacer ejercicio. Y si un cristiano recién nacido no se involucra en el estudio personal de la Palabra de Dios, en la oración personal y en

la devoción diaria, y si no da expresión al deseo que siente de hablar a otros acerca de Jesús, no crecerá como cristiano. En verdad, perderá la vida que había comenzado en él; no permanecerá convertido.

La vida espiritual consiste en más que el nacimiento espiritual; importante como lo es un nacimiento. "Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 24:12-13). De modo que la vida espiritual tiene como fundamento una relación continua con Cristo Jesús. Y a fin de mantenerla, debemos comunicarnos con él cada día.

"El hombre pecaminoso puede hallar esperanza y justicia solamente en Dios; ningún ser humano sigue siendo justo cuando deja de tener fe en Dios y no mantiene una conexión vital con él" (Testimonios para los ministros, pág. 367).

Algunos de nosotros estábamos acostumbrados a pensar que la vida devocional era para personas con artritis y cabello cano, que se acercaban al final de su existencia. Pero no es así. Más bien es la misma base de la vida y el crecimiento espiritual.

Puesto que somos pecadores por naturaleza (nacidos pecaminosos), nunca seremos capaces de producir obediencia por nosotros mismos. "Todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia" (Isa. 64:6). Nótese que estamos hablando de nuestra justicia. Nuestra justicia, separados de Cristo, no tiene más valor que trapos de inmundicia.

Si hemos de llegar a producir buenos frutos, si hemos de tener justicia genuina, debemos obtenerla de alguna otra parte. El Señor es nuestra justicia (Jer. 23:6). Él es la única fuente de toda justicia genuina que podamos tener. Y es posible que Cristo more en nuestros corazones por medio de la fe. (Efe. 3:17). Cristo vivirá en nosotros (Gál. 2:20). Y entonces, obrando en nosotros y por medio de nosotros mediante el poder del Espíritu Santo, producirá justicia que es realmente justicia.

Algunos responderán asombrados, ¿Cristo viviendo en usted? ¡Eso es panteísmo! Pues sabemos que el panteísmo tuvo malas connotaciones en la historia adventista. El panteísmo pretende que Dios está en la hoja, en la flor, en la piedra. Pero Cristo morando en nosotros no es panteísmo – es una buena verdad bíblica.

Esto nos conduce a la pregunta: Si Cristo mora en nosotros, ¿vivirá una vida imperfecta? Lo que el Espíritu Santo haga en nuestras vidas, ¿será impugnable o defectuoso? Si es verdad que el yo no vive más, y que Cristo vive en mí, ¿es posible para Cristo obedecer en mí? Y si el Espíritu Santo desea morar en nuestros corazones, ¿le es posible producir obediencia? Por supuesto que sí.

Por un lado, puedo asumir la posición de que cuando Jesús murió en la cruz, hizo provisión para ponerme en una correcta relación con Dios, y acepto todo por fe. Pero cuando se trata de vivir la vida cristiana, pienso que tengo que esforzarme duramente y luchar porque en buena medida es mi responsabilidad hacerlo. Sin embargo, todo lo que puedo esperar producir es una obediencia imperfecta, porque cualquier esfuerzo sin Cristo producirá trapos de inmundicia.

Pero, por otro lado, puedo creer que Cristo tomó mi lugar en la cruz e hizo posible que pudiera estar en una relación correcta con Dios. Y en lo que atañe a la vida cristiana, debo reconocer que no puedo salvarme a mí mismo, así como tampoco podría haberlo hecho en el Gólgota. Jesús tiene que hacerlo todo. Él es capaz de producir obediencia y justicia, mientras que yo no. La

obediencia viene sólo por la fe, confiando en Cristo para la obtención del poder.

Debemos poner nuestro esfuerzo en el debido lugar. Dejemos de tratar de enfrentar al pecado y al diablo por nuestra propia fuerza. Lo único que ganaremos serán moretones y rasguños. En vez de ello, libremos la "batalla de la fe". Debemos concentrarnos en la relación de fe con Jesús. Al aceptarlo y comunicarnos con él día tras día, nos recreará para que seamos árboles de justicia, plantados por el Señor. Los frutos del Espíritu, los frutos de la justicia y de la obediencia, se desarrollarán naturalmente en nuestras vidas.

Durante nuestro crecimiento espiritual, Cristo nos perdona cuando caemos y fallamos por causa de nuestra inmadurez. "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1).

Al explicar el perdón, Jesús dijo que debemos perdonar setenta veces siete, y añadió: "Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale" (Luc. 17:3-4). Esa es la manera en que el Padre perdona. Aun cuando

caiga y falle siete veces en un mismo día, Dios me perdonará cada vez. "¡Pero cómo! – protestarán algunos – ¡Eso conducirá al libertinaje!" Lucas 7:43 declara que quien es perdonado mucho, ama mucho. Y Juan 14:15 nos dice que si amamos a Dios guardaremos sus mandamientos. De modo que el que es perdonado mucho, ama mucho – y quien ama mucho obedece mucho.

Dios continúa amándonos y aceptándonos a medida que crecemos en él. Al buscar cada día su comunión y su compañerismo, le permitimos hacer su obra en nuestras vidas.

CAPÍTULO 3: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO A LA NATURALEZA DE LA ENTREGA

En un congreso, subí a la plataforma después de un programa para hablar con el pastor H. M. S. Richards. "Me gustaría conversar con usted acerca de la justificación por la fe" – le dije.

"Esa es la única clase que existe" replicó. Y es cierto; debido a la naturaleza humana, nuestra única justicia verdadera proviene de Cristo. No puede haber justicia separados de él. Separados de Dios somos egoístas y siempre lo seremos. Si su vida está centrada en Dios hoy, pero mañana elige vivir separado de él, nuevamente caerá en el egocentrismo. Las personas egocéntricas son pecadoras, ya sea que exterioricen el mal o no. Y no pueden obedecer.

Muchas personas han aceptado la premisa de que es necesario comenzar teniendo fe en que Jesús es nuestro Salvador. Pero luego intentan vivir la vida cristiana por fe, más algo adicional. Quisiera ser claro al decir sin reservas que el justo vive por fe, tan ciertamente como se acercó a

Dios por medio de ella. No hay diferencia entre el método de llegar a Dios y el de permanecer en él. Es todo por la fe. "De la manera que recibisteis a Cristo Jesús el Señor, así andad en él" (Col. 2:6)

"¿Cómo permaneceré en Cristo?" se nos pregunta en El Camino a Cristo, pág. 69. "Del mismo modo como lo recibiste al principio".

"Todo fracaso de los hijos de Dios se debe a la falta de fe" (Patriarcas y profetas, pág. 712).

Ahora bien, si todo fracaso se origina en la falta de fe, entonces, hay una causa y un resultado. ¿Dónde ponemos nuestra atención, en los fracasos o en el logro de una relación de fe? Es obvio ¿verdad?

"Si usted libra la batalla de la fe con todo el poder de su voluntad, vencerá" (Testimonies, tomo 5, pág. 513). Si utilizo todo el poder de mi voluntad para librar la batalla de la fe, entonces no me queda ninguna para combatir el pecado y al diablo. Muchos de nosotros pasamos nuestra vida cristiana reconociendo que "Sí, todos necesitamos de Dios", pero pensamos que podemos canalizar nuestra energía y esfuerzo, luchando para hacer lo correcto. Y esa es precisamente la causa de nuestro fracaso.

Una de las más grandes razones por las cuales la obediencia puede venir solamente por la fe, se ve en la naturaleza misma de la entrega. El tema de la entrega se construye sobre el hecho de que, si somos pecadores y no podemos producir ni una partícula de genuina obediencia separados de Dios, todo lo que podemos hacer concerniente a nosotros mismos es renunciar a intentarlo. Debemos rechazar el pensamiento de que alguna vez podremos producir algo que sea genuina obediencia. Y en esto podemos detectar una gran incompreensión concerniente a la entrega, esta palabra de uso frecuente en los círculos cristianos.

San Pablo declara en Romanos 9:30-33: "¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por la fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado". En el versículo 33 identifica la piedra de escándalo con Cristo.

"Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia" (Rom. 10:1-2). "Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree" (vers. 3, 4). Algunos preguntan si la justicia de la cual se habla en este pasaje es imputada o impartida. ¡Da lo mismo! Notamos ya que la justicia no puede existir separada de Cristo. Si es imputada o impartida, eso no interesa. La persona que tropieza y no sabe lo que es justicia ni en un sentido ni en el otro, es la que está tratando de producir la suya propia.

Un sinónimo de entrega es sometimiento. Note que el problema del cual Pablo está hablando es el de aquellos que no se han entregado a sí mismos. No dice que no hayan sujetado – o sometido – sus pecados, sus malos hábitos o sus faltas. Más bien, no se sometieron a sí mismos.

Puede haber una gran diferencia entre entregar cosas y entregar el yo. Podemos encontrar individuos con mucha fuerza de voluntad que llegan a convencerse de que el fumar produce cáncer. Y pueden responder a una

apelación a abandonar el vicio. Una determinada persona puede descartar el cigarrillo, la bebida o el baile y llegar a ser un buen miembro de iglesia. Pero si lo hace sin Cristo, ¿quién obtiene el crédito por ello? El yo. Y si el yo se desempeña tan bien, el individuo puede llegar a estar más lejos de la auto entrega que antes. Pero aún más fuerte puede producir solamente una obediencia externa, y ésta no tiene valor, porque la verdadera obediencia proviene del corazón. (El Deseado de todas las gentes, pág. 621).

De esta manera, la persona de voluntad fuerte puede acostumbrarse a abandonar cosas como una forma de escapismo de la entrega de sí mismo. Pero el aspecto básico de la entrega es el último, y la persona debe llegar a comprender que en realidad no puede abandonar sus hábitos y vicios. Podrá dejar de realizar actos externos, pero en su interior sigue siendo el mismo. Solamente Dios puede hacerse cargo del problema del pecado en el corazón.

Una persona nunca puede expulsar el pecado de su vida. El pecado siempre es desplazado hacia el exterior cuando Jesús entra en la vida. Cuandoquiera alguien trate de expulsar el pecado por su propia resolución y fuerza de

voluntad, terminará en una condición peor que la que estaba cuando comenzó.

Un adolescente puede abandonar la música de rock y no volver más a ella, pero puede reemplazarla por otra cosa. O puede sucumbir al orgullo debido a lo que logró; y el orgullo es el peor de todos los pecados.

En consecuencia, la cuestión de la entrega nunca debiera entenderse como el abandono de cosas. La entrega es renunciar a intentarlo por nosotros mismos y aceptar las palabras de Jesús registradas en Juan 15:5: "Separados de mí nada podéis hacer".

Esto no significa que seamos impotentes para hacer las cosas que Dios ha dado a cada uno – la habilidad de realizar – mientras el corazón siga latiendo. Sin Dios podemos sacar los desperdicios a la calle, hacernos millonarios y aprender a patinar en el hielo. Sin Dios podemos tener éxito en una vocación, cortar bien el césped y aun maldecir. Debido a su amor y respeto por el libre albedrío de una persona, Dios mantiene latiendo el corazón en el pecho de quien lo maldice. No obstante, sin Dios, nadie puede producir los frutos de justicia. La persona más fuerte del mundo no puede crear genuina obediencia a Dios. Y de eso se habla en Juan 15.

Si consideramos importante la obediencia, y si la obediencia y la desobediencia han de ser la prueba final sobre la cual todo el mundo tendrá que decidir, hay una sola cosa que podemos hacer en relación con ella, y esto es, renunciar a intentar obedecer por nosotros mismos. Sólo por medio de la fe y la confianza en el único que tiene poder para producir genuina obediencia podremos lograrla.

"No podemos guardarnos del pecado ni por un solo momento. Siempre tenemos que depender de Dios... Cristo llevó una vida de perfecta obediencia a la ley de Dios, y, así dio ejemplo a todo ser humano. La vida que llevó en este mundo, tenemos que llevarla nosotros por medio de su poder y bajo su instrucción. El Salvador llevó sobre sí los achaques de la humanidad y vivió una vida sin pecado, para que los hombres no teman que la flaqueza humana les impida vencer. Cristo vino para hacernos participantes de la naturaleza divina y su vida es una afirmación de que la humanidad, en combinación con la divinidad, no peca" (El ministerio de curación, pág. 135, 136). En esto algunos se inquietan. Y si usted es uno de ellos, bienvenido al club. Nuestro peor enemigo es el que miramos al espejo cada mañana cuando nos afeitamos. Nos damos cuenta de cuán insuficientes somos, y cuánto

necesitamos del poder que Cristo tiene para ofrecer. Pero allí está – aun mientras crecemos como cristianos que luchan, y que no han comprendido todavía cómo depender de ese poder todo el tiempo.

¿Está usted interesado en aceptar el poder de Jesús para obedecer? Esta es la forma como actúa. La relación con Dios, basada en la comunicación diaria con él, da como resultado la fe. Esta desarrolla los frutos del Espíritu, y ellos a la obediencia. Estos frutos surgen de la relación que proviene de un compañerismo personal con Jesús. Y él es nuestro mayor ejemplo de una vida tal, debido a que la relación que tuvo con el Padre es la misma que podemos tener nosotros. Jesús vivió en nuestro mundo mediante la dependencia del poder de lo alto, más bien que del que procedía de sí mismo. Y nos invita a seguirlo.

Debido a que la verdadera obediencia solamente puede ser el resultado de una relación de fe con Jesús, canalicemos todos nuestros esfuerzos deliberados en vivir la vida cristiana manteniendo esta relación. Y se requiere esfuerzo tenaz y empeño para lograr la identificación con Dios, y permanecer identificados en una vida de comunión diaria con él. Por eso Pablo lo llama una lucha.

Jesús se refirió a la entrega mediante algunas expresiones interesantes dichas en el Sermón del Monte. "Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti... Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti" (Mat. 5:29-30).

¿Qué es lo que Jesús quiso decir? Me siento agradecido por la explicación que se nos proporciona en El Discurso Maestro de Jesucristo, pág. 55: "Por medio de la voluntad, el pecado retiene su dominio sobre nosotros. La rendición de la voluntad se representa como la extracción de un ojo o la amputación de una mano".

Alguno podría decir: "Si se supone que debo entregar mi voluntad, eso sugiere que tendré que transitar por la vida mutilado e inválido". Hay quienes se molestan mucho con esa idea. Pero eso es exactamente lo que significa la entrega, la sumisión de nuestra voluntad. Personas de logros destacados, gente capaz, de desempeño brillante, lo encontrarán muy desconcertante y aún podrían disgustarse. No obstante, la entrega es ceder el poder de elección a Dios.

El Camino a Cristo, pág. 47 define la voluntad como "poder de elección" en el mismo contexto. Y si leemos toda la página, y cada vez que vemos la palabra "voluntad" la

reemplazamos por "poder de elección", no podremos arribar a ninguna otra conclusión.

"Pero voy a quedar mutilado". Bueno, si Dios me invita a entregarle mi poder de elección, puedo dejarle a él el asunto de si lo seré o no, ¿no es cierto? Pero en realidad, esto no nos limita. Más bien nos proporciona la más elevada libertad. En un capítulo posterior veremos lo que significa colocarnos bajo el control de Dios. Pero por ahora necesitamos reconocer que la obediencia puede lograrse sólo por medio de la fe, porque Dios nos invita a renunciar a intentarlo por nosotros mismos, y a entregarle nuestro poder de elección.

¡Debemos utilizar nuestro poder de elección para rendírselo! ¿Cómo puede ser eso? Dios nos pide que le entreguemos nuestra facultad de elección en cada cosa, excepto en continuar nuestra relación con él. Siempre tendremos la libertad de elegir si continuar o no la relación con él – nunca perdemos nuestra capacidad de decidir sobre eso. Pero lo que entregamos es nuestro poder de elección en todo lo que significa luchar contra el pecado y el diablo.

Supóngase que usted tiene problema con el cigarrillo. El Señor declara que, si usted rinde su poder de elección

en todo, menos en su relación con él, él producirá un cambio completo en su vida. Pero luego usted oye que le dicen: "Decida no fumar más". ¿Qué debe hacer? ¿Obtendrá la victoria decidiendo no fumar? No. En vez de ello, entregue su poder de elección con relación al cigarrillo. ¡Ejercítelo exclusivamente al logro de la relación de fe! Al hacerlo, Jesús vivirá su vida en usted, y producirá el deseo y la acción de acuerdo con su beneplácito (Fil. 2:13).

Eso lo que Pablo quiso decir con "y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20). ¡Eso es lo emocionante en cuanto a la verdad de la entrega! Está al alcance de la persona más débil del mundo. ¡No necesitamos ser fuertes para ser capaces de rendirnos! Si la religión de Cristo no pudiera ayudar a la persona más débil del mundo, no sería buena.

Por demasiado tiempo el cristianismo ha complacido a los cultores de la voluntad. Tenemos la tendencia de atraer a la iglesia a los de voluntad fuerte. Pero en toda oportunidad en que no destacamos a Jesús como nuestra única esperanza y nuestro único poder para obedecer, terminaremos con nada más ni nada menos que un sistema de salvación de factura propia.

Las personas de voluntad fuerte piensan que pueden hacer las cosas por ellas mismas porque exteriormente tienen éxito. De esa manera llenan la iglesia, y se sienten amenazadas e incómodas cuando oyen de someter la voluntad, de entregar el yo a Jesús.

"Cuando ven que no pueden entretejer el yo en esa obra, rechazan la salvación provista" (El Deseado de todas las gentes, pág. 246).

Miles de personas aceptarían hoy la religión – incluyendo el cristianismo y aun el adventismo –, si pudieran encontrar alguna forma de figurar en el cuadro, alguna manera de ganar por lo menos parte de su salvación. Cuando descubren que no pueden hacer nada sino caer a los pies de Jesús con humildad, admitiendo que no pueden producir nada, entonces la cruz se vuelve demasiado pesada. Pero la cruz es la esencia de la entrega; todo lo que ella significa. Es decir, renunciar totalmente al yo. A menudo se cita la declaración de Mensajes Selectos, tomo 1, pág. 448: "Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, cuando se hacen esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esa disposición y ese esfuerzo como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con sus propios méritos divinos". Nuestra reacción usual es interpretarla así:

"Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios, de guardar sus mandamientos, y de esforzarse por hacer lo que es correcto, entonces, aun cuando nunca tengamos éxito, él suple la deficiencia". Pero si observamos el contexto leyendo todo el capítulo, encontraremos que el factor dominante es más bien:

"Cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios en la búsqueda de una relación con él; cuando está en el corazón el deseo de obedecer a Dios mediante un compañerismo con él; cuando está en el corazón el obedecer a Dios abriéndole la puerta del corazón; entonces él suple nuestras deficiencias. Si reservamos una hora tranquila del día para la comunión con Dios, y mantenemos esta comunión a través del día, entonces Dios suplirá con sus propios méritos divinos las deficiencias que sentimos como cristianos en crecimiento."

La persona más débil que no puede dejar de fumar, beber o "hacer cualquier otra cosa, y que teme que no tiene suficiente fuerza de voluntad para entrar en una significativa comunión con Dios, también tiene esperanza, porque Dios le saldrá al encuentro más allá de la mitad del camino.

Cuando se trata de nuestra intención de vencer el cigarrillo o el mal genio, Cristo tiene que hacerlo todo. Pero en lo que se refiere a la búsqueda de esa relación de fe, él se me aproximará dondequiera yo esté, sea fuerte o sea débil. Yo creo que, si tengo solamente 10% de la fuerza de voluntad necesaria para buscar a Dios en el estudio diario de Biblia, en la oración y en la comunión personal, él suplirá el 90% restante. Pero requerirá la inversión de mi diez por ciento para que ello ocurra. Y si tengo el noventa por ciento de la fuerza de voluntad y autodisciplina necesarias para continuar para continuar apartando ese tiempo para dedicarlo a Dios, él suplirá el diez por ciento restante, pero ello requerirá todo mi noventa por ciento.

En conclusión, quisiera recordarles la sencilla realidad de que el crecimiento cristiano no es una experiencia de entrega y dependencia constantes del poder de Dios a partir de la conversión. Personalmente quisiera que así fuera. Pero si hemos de enfrentar los hechos de la vida real, tenemos que admitir que cuando Dios planta un árbol, al principio es solamente un retoño. Y si descubrimos que todavía no conocemos la experiencia de la entrega plena de la cual hemos hablado, no debemos desanimarnos.

Em primer lugar, no fue nuestra obediencia la que produjo nuestra aceptación por parte de Dios. Dios nos rodea con sus brazos debido a lo que Jesús hizo por nosotros. Cuando respondemos a su ofrecimiento de salvación, nuestra aceptación por Dios es asunto resuelto. Mientras continuemos allegándonos a él, nos recibe tales como somos.

En segundo término, Dios siempre da lugar al crecimiento en la vida cristiana. Así que si encontramos que no estamos obedeciendo exactamente como Jesús lo hizo, no debemos alarmarnos. Pero, por favor, no obstaculicemos su propósito, su blanco e ideal para nuestras vidas, haciéndolo descender al nivel de nuestro desempeño. El hecho de que yo no lo haya experimentado, no significa que no sea posible. Las siguientes declaraciones de El Camino a Cristo, págs. 63, 64, debieran estar en la tapa de cada Biblia.

"Hay quienes han conocido el amor perdonador de Cristo y desean realmente ser hijos de Dios; sin embargo, reconocen que su carácter es imperfecto y su vida defectuosa, y están propensos a dudar de que sus corazones hayan sido regenerados por el Espíritu Santo. A los tales quiero decirles que no se abandonen a la

desesperación. Tenemos a menudo que postrarnos y llorar a los pies de Jesús por causa de nuestras culpas y errores; pero no debemos desanimarnos. Aun si somos vencidos por el enemigo, no somos desechados por Dios. No; Cristo está a la diestra de Dios e intercede por nosotros. Dice el discípulo amado; 'Estas cosas os escribo, para que no pequéis. Y si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a saber, a Jesucristo el justo' (1 Juan 2:1). Y no olvides las palabras de Cristo: 'Porque el Padre mismo os ama' (Juan 16:27). Él quiere que te reconcilies con él, quiere ver su pureza y santidad reflejadas en ti. Y si tan sólo quieres entregarte a él, el que comenzó en ti la buena obra la perfeccionará, hasta el día de Jesucristo. Ora con más fervor; cree más plenamente. A medida que desconfiemos de nuestra propia fuerza, confiemos en el poder de nuestro Redentor, y luego alabaremos a Aquel que es la salud de nuestro rostro".

Así es el proceso del crecimiento y no ocurre de la noche a la mañana. Pero a medida que avanzamos más y más, constantemente, en el proceso de la entrega y del abandono total de nosotros mismos y de nuestra propia capacidad; a medida que aprendemos a desconfiar del yo y a confiar en él, obedeceremos natural y espontáneamente, porque renunciemos a nuestra propia

habilidad para lograrlo y dependemos de él, quien vive su vida en nosotros.

CAPÍTULO 4: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO AL CONTROL DE DIOS

Cúmplase, oh, Cristo, tu voluntad. Sólo tú puedes mi alma salvar. Cual alfarero, para tu honor Vasija útil hazme, Señor. Cúmplase, oh, Cristo, tu voluntad. Mora en mi alma, dale tu paz, para que el mundo vea tu amor, tu obra perfecta, oh, buen Salvador.

¿Sabe usted lo que significa que Dios controle su vida? ¿Ha experimentado el cumplimiento de su voluntad en usted? ¿o un pensamiento tal lo atemoriza? ¿En qué consiste ese control?

Por mucho tiempo yo pensé que teníamos tres opciones: la de estar bajo el control de Dios, o bajo el poder de Satanás, o que podíamos gobernarnos a nosotros mismos.

Son muchos, especialmente adolescentes, a quienes les agrada la opción de gobernarse a sí mismos. Habiendo experimentado la emoción de partir del nido, se sienten listos para hacer su propia voluntad, para controlarse a sí mismos. Y el deseo de ocupar el asiento del conductor no

está restringido a los adolescentes. Es parte de la naturaleza humana el deseo de gobernarse. Es por esto por lo que nos sorprende descubrir que no hay tal cosa como estar en control de nosotros mismos. Estamos bajo el control de uno o de otro de dos poderes – y eso es así. Todo lo que podemos hacer es elegir a cuál poder le permitiremos conducirnos.

Si no hubiera sido por la cruz, habríamos permanecido sin esperanza bajo el poder del diablo, sin ninguna otra opción. Pero en el Calvario, Jesús hizo posible que Dios nos diera otra oportunidad, la de llegar a estar bajo su control.

Estar bajo el dominio de Satanás conduce a la más terrible esclavitud. Mientras que elegir el gobierno de Dios nos produce la mayor de las libertades, aun cuando se trata de un control. Antes de concluir, trataremos de dejar las cosas en claro, pero me gustaría dirigir su atención a algo expresado por Pablo. "¿No sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" (Rom. 6:16-17). Satanás es el autor de todo pecado. Cuando hablamos acerca de ser siervos del pecado, lo que en realidad estamos diciendo es que somos sus esclavos. "Pero gracias a Dios, que,

aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia" (vers. 17, 18). Llegar a ser siervos de la justicia significa llegar a ser siervos de Jesús.

Así que el asunto aquí es si soy esclavo de Satanás o siervo de Jesús. No tenemos otra opción. Y Jesús dijo que no se puede tener dos señores – se trata de uno o del otro. "Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (vers. 13).

Hace años, uno de nuestros pioneros dio mucho énfasis a la idea de ser instrumentos y de entregarnos como instrumentos. Un instrumento es algo que utiliza el artesano o el soldado. Funciona bajo el control del que lo emplea. Un hacha en las manos de un niño de cuatro años no derribará un árbol gigantesco del bosque. Pero un experto con el hacha puede hacer caer el árbol con ella. Las personas que viven separadas de Cristo jamás serán capaces de guardar la ley, pero cuando llegan a ser instrumentos en las manos de Cristo, entonces se hace posible la obediencia. Un instrumento es algo pasivo, pero

muchos de nosotros tememos la palabra pasivo. Cuando hablamos del sometimiento de la voluntad, por lo general nadie tiene ningún problema. Sin embargo, si mencionamos cualquier cosa que se relacione con renunciar al poder de elección, los rostros se ensombrecen. A pesar de ello, el libro El Camino a Cristo, claramente indica que cuando cedemos nuestro poder de elección a Dios, él toma el control de nuestra vida. Y cuando esto ocurre, se produce un cambio completo en nosotros.

Hubo un tiempo en que, cuandoquiera yo llegaba a la página 47 de El Camino a Cristo, decía: "¡Otra vez lo mismo!", y saltándolo, continuaba con el resto del libro. Finalmente, un día me senté e intenté descubrir qué era lo que allí se trataba de decir. "Muchos dicen: '¿Cómo me entregaré a Dios?' Deseas hacer tu voluntad, pero eres moralmente débil, sujeto a la duda y dominado por los hábitos de tu vida de pecado. Tus promesas y resoluciones son tan frágiles como telas de araña. No puedes gobernar tus pensamientos, impulsos y afectos. La conciencia de tus promesas no cumplidas y de tus votos quebrantados debilita tu confianza en tu propia sinceridad y te induce a sentir que Dios no puede aceptarte".

Bueno, yo no tenía ningún problema en comprender esa parte. ¿Cómo pudo el autor conocerme tan bien?, me pregunté a mí mismo. Pero entonces dice: "No necesitas desesperar. Lo que necesitas comprender es la verdadera fuerza de voluntad". Y al llegar a ese punto pensé, bueno, ese es precisamente mi problema, necesito más fuerza de voluntad. Y con esa seria incompreensión, otra vez me puse a la tarea de desarrollar más fuerza de voluntad. Comencé a obligarme a hacer cosas que me resultaban difíciles. Traté de obligarme a mí mismo a levantarme a las tres de la madrugada, simplemente para ver si podía hacerlo. Traté de descubrir por cuánto tiempo podía mantenerme alejado del recipiente de las galletitas, etc. Y todo el tiempo, suponía que estaba desarrollando más poder de voluntad.

Martín Lutero tuvo un problema similar. Cuando se dio cuenta de que no lo estaba logrando, trató de compensar su debilidad mediante la tortura de su cuerpo, y se flageló insensatamente en su celda del monasterio. Pero llega el día en que usted se da cuenta que de alguna manera se ha equivocado, y vuelve a la página 47 una vez más. "Lo que necesitas comprender es la verdadera fuerza de la voluntad". Y sorprendentemente la siguiente frase nos dice qué es la voluntad. "Este es el poder que gobierna en la

naturaleza del hombre: el poder de decidir o de elegir". De esta manera, la voluntad es el poder de elección.

Yo trataba de desarrollar poder de voluntad, lo que llamamos "columna vertebral", pero la voluntad es el poder de elección. La voluntad y el poder de voluntad no son lo mismo. Generalmente igualamos el poder de voluntad con disciplina, valor y determinación. Pero el poder de elección es algo diferente. Es nuestra capacidad de tomar decisiones. La voluntad es la capacidad de elegir – el poder de voluntad es la capacidad de hacer aquello que hemos decidido.

"Este es el poder que gobierna la naturaleza del hombre, el poder de decidir o de elegir. Todas las cosas dependen de la correcta acción de la voluntad". Reemplacemos, en esta definición de voluntad que proporciona El Camino a Cristo, "acción de voluntad" por "poder de elección"

Concluimos que debe haber un ejercicio correcto del poder de elección, y uno incorrecto. "Dios ha dado a los hombres el poder de elegir; depende de ellos el ejercerlo. No puedes cambiar tu corazón, ni dar por ti mismo sus afectos a Dios; pero puedes elegir servirle".

Ahora bien, el legalista típico que no ha comprendido lo que significa la salvación por la fe, comienza inmediatamente a aplicar sus propias definiciones de "elegir servirle". Decide que abandonará el hábito del cigarrillo, o de la bebida, o de la música de rock, o del mal genio. Y el diablo se ríe, porque sabe que no llegará a ninguna parte y que terminará con contusiones y magulladuras al tratar de vencer el pecado mediante su propia fuerza.

Una de las primeras tentaciones que una persona enfrenta cuando decide hacerse cristiano, es tratar de ser bueno. Sin embargo, la justicia no es algo que se espera que nosotros hagamos. Es un subproducto de conocer a Jesús, y el resultado de contemplarlo.

No se nos ha dicho que elijamos cesar de todos nuestros malos hábitos. Más bien, que podemos "elegir servirle". La palabra servir sugiere otra similar: siervo. "¿No sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?" (Rom. 6:16). "Puedes elegir servirle. Puedes darle tu voluntad". Substituyamos ahora en la definición dada en la

cita, "puedes darle tu voluntad" por "puedes darle tu poder de elección".

Pero yo pensaba que era un ser moral libre, que se suponía que estaba en control de mi facultad de elección. Así que, ¿cómo entender esto de entregarlo? Esta es la parte chocante, y espero que usted la haya seguido muy de cerca. Muchos critican el concepto, pero todavía no he encontrado a alguien que sugiera una explicación sustitutiva.

"Puedes darle tu poder de elección, para que él obre en ti tanto el querer como el hacer, según su voluntad [concepto tomado de Fil. 2:13]. De ese modo tu naturaleza entera estará bajo el dominio del Espíritu de Cristo, tus afectos se concentrarán en él y tus pensamientos se pondrán en armonía con él... Por medio del debido ejercicio de la voluntad [poder de elección], puede obrar un cambio completo en tu vida. Al dar tu voluntad a Cristo, te unes con el poder que está sobre todo principado y potestad. Tendrás fuerza de lo alto para sostenerte firme, y rindiéndote así constantemente a Dios serás fortalecido para vivir una vida nueva, es a saber, la vida de fe".

Cuando sustituí por primera vez "poder de elección", me chocó porque pensé que Dios nunca la tomaría. Y es

verdad, él nunca lo hace. Pero me invita a entregársela. Sin embargo, es obvio que tengo que usarla para permitirle que la tome.

Toda la cuestión en la vida cristiana es a quién deseo servir. Quedo siempre en libertad de elegir otro amo; siempre tendré la libertad de decidir si deseo permanecer como siervo de Cristo o de Satanás. Esa elección siempre será mía. En cualquier momento puedo retirarme del control de Cristo.

En última instancia, la entrega de nosotros mismos a Dios no nos quita nuestra libertad, sino que nos da la más elevada sensación de libertad. Cómo ocurre exactamente, y cómo lo hace Dios, no creo que pueda ser cabalmente explicado. "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27) es un misterio. Dios nunca requirió que expliquemos cada uno de sus misterios. No obstante, podemos sentirnos agradecidos por lo que conocemos. Personalmente no me siento feliz conmigo mismo cuando estoy separado de Dios, así que estoy dispuesto a aceptar con gozo su control en mi vida.

"Todo aquel que rehúsa entregarse a Dios está bajo el dominio de otro poder" (El Deseado de todas las gentes, pág. 431). No tenemos que elegir el dominio de Satanás –

todo lo que tenemos que hacer es no elegir el gobierno de Dios, y automáticamente caemos bajo el dominio del diablo. "No es su propio dueño. Puede hablar de libertad, pero está en la más abyecta esclavitud. . . Mientras se lisonjea de estar siguiendo los dictados de su propio juicio, obedece la voluntad del príncipe de las tinieblas" (El Deseado de todas las gentes, pág. 431).

"Pero a menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno. Debemos estar inevitablemente bajo el dominio del uno o del otro de los dos grandes poderes que están contendiendo por la supremacía del mundo" (El Deseado de todas las gentes, pág. 431).

No dice "definitivamente"; dice que estamos "inevitablemente" bajo el control de uno o del otro. En base a estas declaraciones, concluyo que cada individuo del mundo, ahora mismo, está siendo controlado por Dios o por el diablo.

Ahora bien, creo que ese control tiene dos fases. Si elegimos entrar en una relación con Dios, esto lo capacita a él para encauzar nuestras vidas. Y la tendencia será hacia arriba, aun cuando pueda tener altibajos.

Pero si rechazamos la relación con Dios (lo que hacen demasiados miembros de iglesia), es Satanás quien determina la dirección de nuestras vidas, y la tendencia será descendente. Sin embargo, puede tener altibajos ocasionales.

El blanco final que Dios tiene para nosotros es que él no solamente gobierne la dirección de nuestras vidas, sino que mediante la relación que mantengamos con él, pueda conducirnos hasta que lleguemos a estar bajo su absoluto control todo el tiempo. Mantendrá sobre nosotros un "control absoluto", por nuestra propia elección – nunca por la fuerza. Y el Espíritu Santo nos poseerá. Nadie puede decir que tal clase de personas no será capaz de obedecer.

El diablo espera que evitemos la relación con Jesús, porque así tendrá la oportunidad de colocarnos bajo su dominio absoluto, y nos poseerá totalmente. La posesión demoníaca se manifiesta en más formas que simplemente echando espuma por la boca y rodando por el suelo. El mismo mal espíritu que dominó a los fariseos y dirigentes de la era de Cristo, fue el que sometió al endemoniado que entró en el templo. De modo que es posible estar también bajo el control satánico en formas refinadas y sofisticadas.

Cuando captamos el hecho de que el gobierno de Dios proporciona libertad, podemos distendernos, respirar con tranquilidad, y dejar nuestro caso en las manos de nuestro Creador.

"Cuando el alma se entrega a Cristo, un nuevo poder se posesiona del nuevo corazón... Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás" (El Deseado de todas las gentes, pág. 431).

"En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad... La única condición bajo la cual es posible la libertad del hombre es que éste llegue a ser uno con Cristo" (El Deseado de todas las gentes, pág. 431). En Juan 8:30-36 Jesús se refirió a la libertad que experimenta la persona que está bajo el control de Dios. "Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (vers. 32). Pero su declaración hizo que la gente se sintiera insultada. "Le respondieron: linaje de Abrahán somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie" (vers. 34, 36).

"Porque la ley del Espíritu de vida de Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la

carne, [lo que el niño de cuatro años no podía hacer con el hacha, debido a que era débil en la carne] Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Rom. 8:2-4).

De esta manera encontramos aún más razones por las que la obediencia puede provenir solamente por la fe. Dios sabe que somos incapaces de producir obediencia; por lo tanto, nos invita a entregarnos, a renunciar a intentarlo por nosotros mismos, y a elegir la relación por la cual nos coloca bajo su control, de tal manera que él pueda cumplir su ley en nosotros, "que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (vers. 4).

La libertad que procede de estar bajo el control de Dios es una libertad de amor. El gobierno del amor hace que una persona haga lo que no habría hecho de otra manera, y que le guste – aún más, que se sienta emocionado de poder hacerlo. Dios cambia nuestros gustos, nuestros apetitos, nuestras inclinaciones, nuestros deseos y motivos de tal manera que armonicen con su voluntad. No es asunto de permanecer siempre los mismos

en nuestro interior, con nuestras concupiscencias, pasiones y disposiciones previas, sino de descubrir que el pecado es desagradable y falta de atractivo.

"Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor. 10:4-5).

"Toda verdadera obediencia proviene del corazón. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando nuestros propios impulsos. La voluntad, refinada y santificada, hallará su más alto deleite en servirle. Cuando conozcamos a Dios, como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia" (El Deseado de todas las gentes, pág. 621).

De modo que no obramos para producir obediencia – al poner nuestra atención en el conocimiento de Dios, la obediencia vendrá como una consecuencia. Muchos de nosotros hemos gastado tiempo y energías luchando por

alcanzarlo. Pero cuando conozcamos a Dios como es nuestro privilegio conocerle, nuestra vida será una vida de continua obediencia.

"Si apreciamos el carácter de Cristo y tenemos comunión con Dios, el pecado llegará a sernos odioso" (El Deseado de todas las gentes, pág. 621). No será un asunto de conducta externa, mientras todavía internamente encontremos atractivo el pecado.

Si todo lo que tuviéramos que hacer a fin de obedecer fuera ejecutar nuestros propios impulsos, evitar lo que nos parece desagradable, y seguir lo que nos agrada, ¿nos resultaría difícil? ¿Representaría un esfuerzo real? ¡Por supuesto que no! Sería lo más natural del mundo. Y cuando llegamos al punto de aprender a conocer a Dios como es nuestro privilegio conocerle, la obediencia será natural, espontánea e impelente. Dirigiremos nuestros esfuerzos deliberados a tener una relación con Dios, y la obediencia vendrá como el resultado inevitable.

Pero ahora nos encontramos con un problema. ¿Quién de nosotros vive bajo un control tal? Es verdad que en todas las edades ha habido quienes permitieron que Dios tomara totalmente el control de sus vidas. Pero la reacción usual es la de preguntar: "¿Puede señalarme un ejemplo

actual?" A lo que me siento tentado a contestar: "¡No es de su incumbencia saber quién lo ha logrado!"

No ha sido nunca nuestra responsabilidad identificar quiénes están bajo el control absoluto de Dios y quiénes no lo están. Solamente Dios lo sabe, porque sólo él puede leer el corazón. Y si usted fuera uno de ellos, sería el último en advertirlo porque no lo percibiría. Su mente, sus pensamientos y su atención, estarían tan totalmente fijos en Jesús y su amor, que no tendría tiempo para preocuparse por los suyos.

Pero el hecho de que no nos vanagloriemos de nuestro crecimiento espiritual, y que al aproximamos más y más a Jesús nos sintamos más indignos y pecadores ante nuestros propios ojos, no significa que seamos más pecadores. Hay una gran diferencia entre sentirse indigno y pecador, y cometer actos pecaminosos. No obstante, todavía enfrento un problema práctico en esto. Como cristiano en desarrollo, mi modelo de crecimiento oscila. ¿Qué acerca de esas ocasiones en las que, debido a mi inmadurez, aparto mi mirada de Jesús para depender de mi propia fortaleza, y en ese preciso momento caigo bajo el poder de Satanás? Nuevamente debemos recordar que "si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el

Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). Y nuestra aceptación por parte de Dios permanece inquebrantable mientras mantengamos nuestra relación diaria con él. Aun cuando caigamos momentáneamente bajo el poder del enemigo, Dios todavía está en control del rumbo de nuestra vida.

Continuaremos necesitando la gracia justificadora de Dios aun cuando lleguemos al punto de estar todo el tiempo bajo su control debido a la pecaminosidad de nuestra naturaleza. Los apóstoles y profetas confesaron la condición de sus naturalezas. Somos pecadores por naturaleza. Pero la pregunta es: ¿Puede el Espíritu Santo dominar completamente a un pecador por naturaleza de tal manera que Dios pueda vivir su vida en él? La respuesta es sí.

Supongamos que caemos, fracasamos y pecamos cuando todavía no estamos bajo el control absoluto de Dios. ¿Debiera eso desanimarnos? No, si miramos a Jesús. No debemos preocuparnos por lo que Dios piensa de nosotros, sino por lo que piensa de Jesús. Y podemos cobrar valor, aun cuando hayamos pecado, debido a que Filipenses 1:6 declara: "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo".

"Los que den lugar a Jesús en su corazón, llegarán a sentir su amor. Todos los que anhelan poseer la semejanza del carácter de Dios quedarán satisfechos. El Espíritu Santo no deja nunca sin ayuda al alma que mire a Jesús. Toma de las cosas de Cristo y se las revela. Si la mirada se mantiene fija en Cristo, la obra del Espíritu no cesa hasta que el alma queda conformada a su imagen. El elemento puro del amor dará expansión al alma y la capacitará para llegar a un nivel superior, un conocimiento acrecentado de las cosas celestiales, de manera que alcanzará la plenitud. 'Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos'" (El Deseado de todas las gentes, pág. 269).

Pero entre tanto, es posible que tengamos ahora, por lo menos en parte del tiempo, todas las victorias, toda la obediencia que en última instancia Dios desea para nosotros. Observe 1 Juan 3:6: "Todo aquel que permanece en él, no peca". "Si moramos en Cristo, si el amor de Dios mora en nosotros, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones, tienen que estar en armonía con la voluntad de Dios" (El camino a Cristo, págs. 60, 61).

¿Qué significa el "sí"? Mientras permanezca en su fortaleza y en su poder, no pecaré. Mis sentimientos, mis pensamientos, mis propósitos y mis acciones estarán en armonía con su voluntad. Por lo tanto, el factor variable es si estoy dependiendo o no de él, si me he sometido o no a él, si estoy o no bajo su control inmediato en cualquier momento dado.

Si usted lee la página siguiente en *El Camino a Cristo*, encontrará una hermosa descripción de lo que Dios ha hecho por nosotros, cómo quita nuestros pecados y nos contempla como si nunca hubiéramos pecado. A continuación, aparece el párrafo siguiente:

"Más aún [más que quitar nuestra culpa], Cristo cambia el corazón. Habita en tu corazón por la fe. Debes mantener esa comunión con Cristo por la fe y la sumisión continua de tu voluntad a él". Recuerde que la voluntad es el poder de elección. "Mientras hagas esto, él obrará en ti para que quieras y hagas conforme a su voluntad" (*El Camino a Cristo*, págs. 62-63).

Tanto tiempo como continuemos acercándonos a él, mientras continuemos eligiendo someternos bajo su control, Cristo obrará el querer y el hacer en todo lo que atañe a las otras elecciones. En asuntos de obediencia, de

victoria y de superación necesitamos absoluta dependencia de él. No tenemos otra alternativa. Hay quienes no creen hoy día que podamos alcanzar alguna vez una obediencia perfecta. Sin embargo, muchos de ellos sostienen también que debemos esforzar al máximo el poder de la voluntad y ejercer toda la disciplina que podamos reunir para lograr esa obediencia que consideran imposible. Dicen: "Sí, usted necesita tener una relación con Dios, pero se espera que también se involucre en la lucha contra el pecado".

Yo sostengo que cualquiera que adopta esa posición no tiene otra opción que la de esperar una obediencia imperfecta. Eso es todo de lo que somos capaces. En la medida en que nosotros estemos tratando de obedecer, en ese mismo grado será imperfecta la obediencia.

Pero quienes creen que la perfecta obediencia es posible mediante la gracia de Dios, reconocen que debemos renunciar a lograrla por nosotros mismos y permitir a Cristo que more en el corazón. Concluyen, ni más ni menos, en que la obediencia proviene sólo de la fe, y que, si ello habrá de ser alguna vez una realidad perfecta, tendrá que ser el resultado de la obra de Dios.

Jesús se sometió de tal manera a su Padre, que solamente su Padre apareció en su vida. Elena G. de White dice que Jesús ni siquiera trazó planes para sí mismo, sino que aceptó los de su Padre, que le eran revelados diariamente mediante su comunión personal con Dios. (Véase *El Deseado de todas las gentes*, pág. 179). Sin embargo, Jesús siguió siendo un individuo. Su relación con el Padre no destruyó su personalidad o individualidad.

El Dios que lo creó a usted como un individuo, el que preservó la personalidad del apóstol Pablo, la del amado Juan, y las de Andrés, María y Marta, puede proteger su propia individualidad distintiva tanto como controlar su vida en tal forma como para otorgarle la más grande sensación de libertad.

Una de las razones por las que Elena G. de White se opuso al hipnotismo fue que éste asume una prerrogativa que pertenece solamente a Dios. "No es propósito de Dios que ser humano alguno someta su mente y su voluntad al gobierno de otro para llegar a ser instrumento pasivo en sus manos. Nadie debe sumergir su individualidad en la de otro... Sólo debe depender de Dios. En su dignidad varonil, concedida por Dios, debe dejarse dirigir por Dios mismo, y no por entidad humana alguna" (*El ministerio de curación*,

pág. 186). El hipnotismo juega con algo que es de derecho exclusivo del Creador.

Parafraseemos el párrafo para mostrar qué es lo que Dios tiene en mente para nosotros en relación con él. "Es propósito de Dios que todo ser humano someta su mente y su voluntad al control de Dios para llegar a ser instrumento pasivo en sus manos. No debe mirar a ningún otro ser humano. Sólo debe depender de Dios. En su dignidad varonil, concedida por Dios, debe dejarse dirigir por Dios mismo."

"¿Hemos de llegar a ser un instrumento pasivo en sus manos?" –pregunta usted. Eso es lo que dice el himno: "Cúmplase... tu voluntad".

Pero la palabra pasivo sigue molestándonos. No se olvide, sin embargo, cuán activo puede ser un pasivo. Jonatán toma a su escudero, escala la colina y barre por sí mismo a todo un ejército enemigo. Pero Dios lo controlaba. ¿Quién ha oído de ir a la guerra con ánforas de arcilla y antorchas? Pero Gedeón era un instrumento pasivo en las manos de Dios, y el enemigo huyó. Recuerde a Moisés, a Pablo, a Elías y a todos los demás. No estamos hablando de sentarnos en una mecedora. El control divino

nos hace mucho más activos de lo que alguna vez lo fuimos.

El control de Dios no solamente produce obediencia, sino también disposición de servicio y poder para realizar los deberes que nos señala. Tendremos éxito en todas las actividades que Dios tiene en mente para nosotros.

CAPÍTULO 5: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO AL REPOSO DEL SÁBADO

Supongamos que yo fuera un agente de la compañía de automóviles General Motors, y que deseara darle a usted un Oldsmobile 98, cero kilómetros, sin ningún pago inicial, y que usted pudiera llevárselo a su casa hoy mismo. ¿Le interesaría? Piénselo. ¿No me preguntaría en cuanto a las cuotas mensuales? Ellas serían de mil dólares al mes. Y el automóvil hace 13 km. por galón de gasolina en la ciudad. ¿Seguiría usted interesado?

Si algún día se ofreciera el cielo en forma completamente gratuita, parecería muy bueno, por lo menos al principio. Podemos regocijarnos en las buenas nuevas de que Jesús lo pagó todo (incluyendo el pago inicial de nuestra mansión celestial). ¿Pero qué diremos en cuanto a los pagos mensuales, los millares de detalles de vivir día tras día la vida cristiana? Si las "cuotas mensuales" terminaran liquidándonos, entonces la cuota inicial de un hogar celestial podría resultar poco atractiva.

El capítulo 4 de la epístola a los Hebreos presenta uno de los temas más interesantes relativos a la obediencia por la fe. "Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos [los israelitas que peregrinaron por el desierto durante cuarenta años]; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que oyeron" (Heb. 4:1-2).

¿Cuál fue el Evangelio que se les predicó a ellos, tanto como a nosotros? Muchos han especulado acerca de lo que incluye y de lo que no incluye. Mi posición, basada en Romanos 1, es que el Evangelio consiste en las buenas nuevas de Jesús y todo lo que él vino a realizar.

Cierta vez el pastor H.M.S. Richards, padre, se paró frente a una audiencia de gente de color, y dijo: "Tengo algo para decirles. Espero que escuchen bien. No se pierdan lo que voy a decir. En el cielo no habrá negros".

No se oía volar ni una mosca.

Haciendo una pausa, como para dar tiempo a pensar, repitió, "deseo repetirlo para estar seguro de que me han escuchado. En el cielo no habrá negros". Luego añadió: "En el cielo tampoco habrá blancos".

Bueno, eso ayudó un poco. Y finalmente declaró, "la única clase de gente que habrá en el cielo será gente roja, lavada con la sangre del Cordero". Todos: cobrizos, amarillos, negros y blancos, podemos ser lavados en la sangre del Cordero. Ese es el fundamento del Evangelio.

Anteriormente analizamos tres de sus aspectos. Jesús nos ofrece reposo en los tres: reposo del intento de tratar de expiar nuestros pecados, reposo de tratar de vencer nuestros pecados presentes por nosotros mismos, y reposo de un mundo de pecado cuando Jesús regrese. De acuerdo con Hebreos 4, la razón por la cual tenemos problemas para entrar en el reposo es la incredulidad. Así que la fe es la llave. Si no hay fe, no hay reposo. Poca fe: poco reposo; mucha fe: mucho reposo.

El primer reposo que Dios nos ofrece es tratar de lograr su aceptación y perdón. Su gracia siempre ha sido gratuita. La salvación es un don, y ésta es la base del mensaje del Evangelio. "Las obras tuyas fueron acabadas desde la fundación del mundo" (vers. 3). El pueblo de Israel tenía un recordativo diario de la invitación divina a entrar en ese reposo, en el cordero que era muerto en el atrio.

Pero Jesús vino a hacer algo más que perdonar nuestros pecados. Desea otorgarnos el poder para

obedecer. No solamente se hace cargo de la cuota inicial sino también de los pagos mensuales. No solamente ofrece perdón de la culpa del pecado, sino también poder para vencer el pecado en la experiencia cristiana de cada día. Evidentemente, el pueblo en el desierto no entró en el segundo reposo, es decir, cesar de intentar vivir una buena vida por uno mismo. Esa es una de las razones por las cuales no pudieron entrar en el tercero, el de la tierra prometida.

En Hebreos 4:9 se hace referencia al segundo reposo: "Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios". Pablo no estaba hablando sólo de los israelitas, sino de todos los que han aceptado que "si vosotros sois de Cristo, ciertamente el linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gál. 3:29).

Cuando conocí a Cristo por primera vez y acepté su gracia justificadora, llegué a integrar el pueblo de Dios. Pero aún queda otro reposo para nosotros. Hebreos 4:4 lo designa como reposo sabático. Observe: "Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día".

Dios descansó de sus obras en el día sábado, y nos invita a nosotros, mediante el símbolo del sábado, a cesar

de nuestros propios esfuerzos, tanto en tratar de ganar o merecer el cielo, como en el intento de obedecer y ser victoriosos. En lugar de ello, nos insta a entrar en tal relación con él, que todo ello pueda ser posible. ¿Cómo entramos en el reposo? Jesús dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Si acudir a Cristo nos proporciona reposo, entonces, ¿cuál es la causa de la carga? El que no hayamos establecido la correcta relación con Jesús. Si separados de él nos sentimos trabajados y cargados, pero estando con él encontramos reposo, entonces nos queda una sola cosa que hacer: ir a él, y permanecer con él.

Si deseáramos tomar un curso abreviado de todo lo relativo a la salvación por la fe en Cristo Jesús, necesitaríamos leer solamente dos textos. Primero: "Separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). Segundo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). Combinándolos, la única posibilidad que nos queda es ir a él y permanecer en él.

Hemos considerado la obediencia por la fe y la obediencia por las obras. La persona que entra en la obediencia por la fe entra en el segundo reposo; mientras

que quien intenta obedecer por medio de sus propios esfuerzos continúa trabajado y cargado espiritualmente.

De modo que Pablo habla aquí del reposo del sábado. Dios cesó de todas sus obras, y nos invita a cesar de todas las nuestras. A pesar de ello, el corazón humano encuentra difícil entrar en el reposo.

El sábado ha sido siempre una señal de santificación. "Y les di también mis días de reposo, para que fuesen señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico" (Eze. 20:12). Encontramos lo mismo en Éxodo 31:13. De modo que cuando Pablo habla del reposo del sábado en Hebreos 4, se está refiriendo básicamente a la santificación. Veamos como ejemplo el versículo 12: "Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". Describe así la vida cristiana interna. Cada semana, al ponerse el sol y comenzar el sábado, tenemos un gigantesco recordativo de que Dios desea que todos acudamos a él, y de que es capaz de darnos reposo. En esto descubrimos uno de los mayores significados del sábado:

"[El sábado] había de ser una señal... de su relación con el verdadero Dios. Pero a fin de santificar el sábado, los hombres mismos deben ser santos. Por la fe, deben llegar a ser partícipes de la justicia de Cristo... Al apartarse los judíos de Dios, y dejar de apropiarse de la justicia de Cristo por la fe, el sábado perdió su significado para ellos" (El Deseado de todas las gentes, pág. 250).

El sábado señala a Jesús "como Santificador tanto como Creador... Entonces el sábado es una señal del poder de Cristo para santificarnos. Es dado a todos aquellos a quienes Cristo hace santos" (El Deseado de todas las gentes, pág. 255). El sábado declara que la obediencia puede venir solamente por la fe.

Observe que en Apocalipsis 14, el falso día de adoración llegará a ser, en los últimos días, una señal de aquellos que no hayan aceptado el reposo de Dios, y que están tratando de salvarse a sí mismos mediante sus propios esfuerzos. Recibiendo la marca de la bestia, "no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen" (vers. 11).

Y el mismo pasaje de Apocalipsis 14 tiene un versículo que a menudo ha sido utilizado solamente en lápidas y cementerios, pero que también encierra una lección

espiritual: "Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (vers. 13). Aceptar el reposo que Dios nos ofrece de nuestras labores, de nuestra propia lucha para producir obediencia, no significa que ésta no sea importante: cuando acudimos diariamente a Cristo para obtener el reposo sabático, las "obras" se manifestarán.

"Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia" (Heb. 4:10-11). ¿Tuvo usted que esforzarse alguna vez para reposar? Parece una paradoja, sin embargo, he visto a algunas personas trabajando duro para lograr el reposo, y me temo que a veces yo mismo he sido uno de ellos. Si se supone que hemos de trabajar para entrar en el reposo, ¿cuál es ese trabajo? Consiste en acudir a Cristo para relacionarnos con él, día tras día. Ese es el más difícil de todos los trabajos.

Elena G. de White dice que muchas veces no nos sentimos inclinados a orar – pero que es entonces cuando más necesitamos hacerlo. (Véase El ministerio de curación,

pág. 136). Muchas veces no nos sentimos inclinados a mantener esa relación íntima. Pero cuando comprendemos que es solamente acudiendo a Cristo como podemos encontrar el reposo que buscamos, haremos cualquier esfuerzo que sea necesario.

Hemos perdido demasiado tiempo tratando de luchar contra el pecado y contra el diablo con nuestra propia fuerza. No obstante, Jesús todavía nos ofrece el reposo del sábado. Él nos pide que le permitamos asumir nuestras cargas y nuestras preocupaciones, si es que solamente estamos dispuestos a entregárselas.

Espero que usted acepte el reposo que Jesús nos extiende desde todos los frentes del gran plan de salvación. Tanto el pago inicial, como las cuotas restantes son gratuitos. Todo es gratuito.

CAPÍTULO 6: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO A LA NATURALEZA DEL ARREPENTIMIENTO

Hace varios años, un jueves de tarde una joven enfermera vino a mi oficina. Enferma y cansada de la vida que llevaba, me dijo que deseaba un cambio. Deseaba a Cristo en su vida.

"Usted puede acudir a Cristo ahora mismo – le dije – y él la aceptará gustosamente". "No, ahora mismo no – replicó – porque tengo algunos planes para este fin de semana". Luego continuó explicando su intención de pasar ese fin de semana con el esposo de otra mujer.

¿Debiera haberle dicho que podía ir a Cristo en ese mismo momento, con sus planes para el fin de semana? ¿O debiera haberle aconsejado que descartara sus planes, diciéndole que, si lo hacía, recién entonces podría aproximarse a Cristo? ¿O debiera haberle asegurado que solamente necesitaba estar dispuesta a cambiar su plan, y que, si acudía a Cristo, él le daría poder para lograr realmente ese cambio? ¿Qué es el arrepentimiento? ¿Cómo se lo puede lograr? ¿Nos arrepentimos antes de

encontrar a Cristo, o acudimos a Cristo a fin de arrepentirnos? Y finalmente, ¿qué nos enseña una correcta comprensión del arrepentimiento en cuanto a la obediencia solamente por fe?

En la segunda epístola a los Corintios se habla de dos clases de arrepentimiento.

"Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte" (2 Cor. 7:10). Es posible sentirse triste por haber sido sorprendidos, debido a las consecuencias del pecado, pero no por el pecado mismo.

Judas es un ejemplo muy ilustrativo de eso. Habiendo esperado resultados muy diferentes, se lamentó por el giro que tomaron las cosas en Su traición de Cristo. Pero no sintió remordimiento por el pecado mismo – ni tampoco por tratar de obligar a Jesús a ajustarse a sus ideas en cuanto a cómo edificar el nuevo reino, ni por la motivación original de su pecado, habiendo resuelto no unirse tan íntimamente a Cristo que no pudiese apartarse. Su arrepentimiento fue simplemente una tristeza mundanal – y lo condujo a la muerte, tanto física como espiritual.

El arrepentimiento genuino y piadoso incluye dos aspectos: "tristeza por el pecado y abandono de este" (El camino a Cristo, pág. 21). Parece algo sencillo. Pero ¿ha tratado usted alguna vez de sentir tristeza? Tal vez todos podamos recordar que cuando éramos niños se nos dijo alguna vez, "di que te arrepientes". Y al expresarlo ¿sintió realmente el arrepentimiento?

Si yo hubiera podido convencer a la joven enfermera de que pronunciara las palabras: "Me siento entristecida por mis planes para el fin de semana", ¿habría tenido éxito en llevarla al arrepentimiento?

A veces es muy fácil sentir remordimiento por las consecuencias del pecado. El alcohólico se siente contrito por el malestar del día siguiente, pero no por los excesos que lo provocaron. Es fácil sentir arrepentimiento a la mañana siguiente por lo que se hizo la noche anterior, y lamentar el sentimiento de culpa que se experimenta como consecuencia del pecado, pero no encontrar desagradable el pecado mismo. La enfermera que me entrevistó había experimentado pesar por algunos de los resultados de su estilo de vida. Sin embargo, a pesar de la amarga secuela, no sentía angustia alguna por el pecado mismo.

Tal vez usted trató de acercarse al arrepentimiento por el ángulo opuesto, esperando que, si se apartaba de su pecado, tarde o temprano experimentaría tristeza por el mismo. Desafortunadamente descubrió que no podía librarse de un pecado al cual todavía encontraba atractivo y deseable. Aun la persona de voluntad fuerte, que puede cesar en la conducta externa de un pecado, sigue enfrentando el problema de su vida interior.

Mucho tiempo atrás, la Escritura nos recordó que, aunque el hombre juzga por la apariencia exterior, el Señor juzga por lo que hay en el corazón. (Véase 1 Sam. 16:7). Entonces, ¿cómo podemos obtener verdadero arrepentimiento? ¿Acudimos a Cristo a fin de arrepentirnos? ¿O nos arrepentimos a fin de acudir a Cristo? En el área del arrepentimiento, demasiado a menudo nos encontramos en el lugar del hombre cuya bocina de su automóvil no funcionaba. Al llevar su carro al taller, se encontró con la puerta cerrada y un cartel que decía: "toque la bocina y le atenderemos". El capítulo dedicado al arrepentimiento en el libro *El Camino a Cristo*, ofrece una solución maravillosa a nuestro aparente dilema. Jesús quiere que acudamos a él tales como somos. Nosotros no podemos producir arrepentimiento, sino que es un don que nos da Jesús mismo. Y a fin de recibir un

don debemos estar primeramente en la presencia del Dador. ¿De dónde proviene la tristeza genuina por el pecado? ¡De Dios, por supuesto! No la podemos fabricar nosotros mismos tratando de forzarnos a sentirla, u obligándonos a apartarnos de nuestros pecados. Todo lo que podemos hacer es acudir a Jesús a cada momento. Solamente él puede otorgarnos el don del arrepentimiento. Pedro, hablando de Jesús, declaró en Hechos 5:31: "A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados".

"El arrepentimiento es tanto un don de Dios como lo son el perdón y la justificación, y no se lo puede experimentar a menos que sea dado al alma por Cristo. Si somos atraídos a Cristo, es mediante su poder y virtud. La gracia de la contrición viene mediante él y de él procede la justificación" (Mensajes selectos, tomo 1, Pág. 458).

Esto resuelve en forma inmediata la cuestión de si acudimos a Dios antes o después del arrepentimiento. Si el arrepentimiento es un don, obviamente debemos ir a Dios primero a fin de recibirlo. Y si el arrepentimiento precede al perdón (Hech. 5:31), entonces el arrepentimiento también precede a la justificación. "Primeramente, Cristo

produce contrición en quien perdona" (El discurso maestro de Jesucristo, pág. 12). Por lo tanto, observemos la secuencia: Si usted fuera una joven enfermera que un jueves de tarde, cansada de su estilo de vida, quiere tener una relación con Cristo, pero tiene ciertos planes para el fin de semana, lo que debe hacer es acudir a Cristo tal cual es. Usted nunca llegará a entristecerse suficientemente como para cambiar su vida, ni siquiera sus planes para un fin de semana, sin acudir a él para obtener el don del arrepentimiento. Así, usted se encuentra con Cristo tal cual es, y es responsabilidad de Cristo otorgarle el don del arrepentimiento y hacerse cargo de sus planes para el fin de semana.

A pesar de ello, cuántos de nosotros hemos luchado – por años tal vez – para obligarnos a entristecernos, a cesar de pecar, tratando de resolver nuestros propios "planes para el fin de semana" mediante nuestra débil fuerza. Es un problema común, aun entre cristianos profesos.

"Precisamente éste es un punto en el cual muchos yerran, y por esto dejan de recibir la ayuda que Cristo quiere darles. Piensan que no pueden ir a Cristo a menos que se arrepientan primero... Pero ¿debe el pecador esperar hasta que se haya arrepentido antes de poder ir a

Jesús? ¿Ha de ser el arrepentimiento un obstáculo entre el pecador y el Salvador?

"La Biblia no enseña que el pecador debe arrepentirse antes de poder aceptar la invitación de Cristo: 'Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os daré descanso'" (Mateo 11:28). La virtud que viene de Cristo es la que guía a un arrepentimiento genuino" (El camino a Cristo, pág. 24).

Romanos 2:4 dice que es la benignidad de Dios la que nos guía al arrepentimiento. Es cuando más plenamente captamos su amor que comprendemos mejor el carácter terrible del pecado. Estudiando la vida de Jesús, contemplando su carácter y su misión, somos inducidos al arrepentimiento. La contemplación de su amor quebranta nuestros corazones y comprendemos lo que nuestros pecados le han hecho sufrir.

Mi hermano y yo fuimos compañeros de pieza en el colegio. Todos los viernes de tarde limpiábamos juntos nuestra habitación. En cierta ocasión yo estaba tratando desesperadamente de cumplir ciertos requisitos y no tenía tiempo que perder. En esas circunstancias mi hermano entró apresuradamente al cuarto y me dijo: "¡Rápido,

apresúrate, tenemos que limpiar la pieza!" "Hazlo tú – le repliqué – estoy demasiado ocupado. No puedo hacerlo".

Como tantas veces en el pasado, comenzamos a balancearnos sobre el precipicio. Mis padres se habían preguntado en varias ocasiones si llegaríamos a vivir lo suficiente como para madurar, porque peleábamos tanto cuando éramos más jóvenes. Pero repentinamente mi hermano se calmó y dijo: "Está bien, no hay problema, me imagino que estás bajo una terrible presión y que te resulta difícil tener todo hecho. Yo limpiaré la pieza, y me siento feliz de hacerlo, sigue adelante con tu monografía". ¡Mi corazón quedó quebrantado! Dejando de lado mi monografía, le ayudé. Cuando alguien no reacciona contra usted, sino que manifiesta una aceptación amorosa, le gana el corazón. La bondad de mi hermano me llevó a limpiar la pieza – aunque él lo había simulado.

Pero cuando hablamos acerca de la benignidad de Dios, estamos hablando de algo real. Es la única clase de benignidad genuina que existe. Cuando comprendemos la amabilidad, la misericordia, la paciencia de Dios, tales como fueron reveladas en Jesús, hay una gran diferencia.

Algún tiempo atrás habíamos ido de vacaciones con nuestra familia a una isla en medio del lago Gull, en

Michigan. Mi hermano y yo nos ocupamos activamente en nuestro pasatiempo favorito: pelear. Les estábamos arruinando las vacaciones a nuestros padres, como también a nosotros mismos; y mi padre echó mano de todo lo que se le pudo ocurrir para que nos arrepintiéramos. Trató de encerrarnos en la cabaña, nos dijo que nos suprimirían los postres, y hasta nos privó de toda una comida. Con desesperación creciente nos privó de ir a la playa, y finalmente recurrió a la manguera del inflador de neumáticos. Pero nada resultó.

Finalmente nos llamó a la cabaña, y sentándose frente a nosotros, se esforzó por encontrar algún otro método, pero ya se le habían agotado las ideas. Fue entonces cuando vi que comenzaban a formársele lágrimas en los ojos.

¡Lágrimas en el rostro de mi padre, grande y fuerte como era! Esto era algo nuevo para mí. Por primera vez comprendí lo que nuestras luchas y refriegas le estaban haciendo a él. Yo había chasqueado y angustiado a alguien a quien amaba. Aunque podía aguantar el castigo con la manguera, no podía soportar las lágrimas. Súbitamente sentí que realmente quería cambiar. Fue la peor paliza que hubiera recibido alguna vez.

Los que entran en relación con Cristo, comienzan a ver algo de su amor y paciencia. Comienzan a comprender algo de lo que le costó redimir a la humanidad del pecado, y se dan cuenta del chasco y de la angustia que el pecado le produce. Y cuando esto ocurre, de alguna manera el pecado se ve diferente de como se lo veía antes. Se desvanece su atractivo. Una verdadera captación del corazón quebrantado de Jesús conduce a un arrepentimiento genuino. Mediante nuestra relación con Jesús se produce un cambio.

"Si percibes tu condición pecaminosa, no esperes hacerte mejor a ti mismo. Cuántos hay que piensan que no son bastante buenos para ir a Cristo. ¿Esperas a ser mejor por tus propios esfuerzos? '¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer el mal?' (Jer. 13:23). Hay ayuda para nosotros solamente en Dios. No debemos permanecer en espera de persuasiones más fuertes, de mejores oportunidades, o de temperamentos más santos. Nada podemos hacer por nosotros mismos. Debemos ir a Cristo tales como somos" (El camino a Cristo, págs. 29, 30).

"Jesús se complace en que vayamos a él como somos, pecaminosos, impotentes, necesitados. Podemos ir con

toda nuestra debilidad, insensatez y maldad, y caer arrepentidos a sus pies. Es su gloria estrecharnos en los brazos de su amor, vendar nuestras heridas y limpiarnos de toda impureza" (El camino a Cristo, pág. 52).

¿Cuántos pueden aceptar el don de Dios del arrepentimiento? El Señor "no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9). Cualquiera que se sienta enfermo y cansado de su estilo de vida y quiera realmente apartarse del pecado, pero encuentra imposible hacerlo, debiera notar que el Señor desea que todos "procedan al arrepentimiento".

¿Sabía usted que acudir a Cristo y arrepentirse son la misma cosa? Por lo tanto, el arrepentimiento nunca es algo que usted produce. Debe acudir a Cristo mediante el estudio de su Palabra y la oración, y él le proporcionará el don del arrepentimiento en forma gratuita.

De modo que ¿cómo hace usted para arrepentirse? ¿Cómo funciona el arrepentimiento?

En primer lugar, el pecador – sin tomar en cuenta quién sea, o qué es lo que haya hecho, o cuáles sean sus planes – busca a Jesús tal cual es.

En segundo lugar, Jesús le extiende un don llamado arrepentimiento. Cuando el individuo acepta ese don, entonces es justificado o perdonado, y está delante de Dios como si nunca hubiera pecado.

El arrepentimiento nunca ha de ser un obstáculo entre el pecador y el Salvador. El acceso a Cristo está al alcance de toda persona que ha agotado sus propios recursos, que reconoce su incapacidad de salvarse a sí misma o de obedecer, y que elige acudir a él. El arrepentimiento nunca precede el acudir a Cristo, porque debemos acudir a Cristo para recibir sus buenos dones.

Por lo tanto, el arrepentimiento nunca es algo que nosotros hacemos por nosotros mismos. En los días de Jesús, toda una nación comprendió mal su naturaleza. Intentaban realizar por sí mismos algo que solamente Dios podía realizar por ellos. Ya hemos hecho referencia al ejemplo de Judas.

Mateo 27:3 declara: "Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos". Su arrepentimiento de factura propia hizo que los perros terminaran comiendo su carne en el camino al Gólgota.

El arrepentimiento tiene que ver con algo más que una tabla de piedra, una ley quebrantada. El arrepentimiento tiene que ver con un corazón quebrantado – el de Alguien que nos ama incondicionalmente. La contemplación del amor revelado en la vida, la muerte e intercesión de Jesús por nosotros, nos atrae hacia él, y experimentamos personalmente la benignidad de Dios, que es la que nos transforma. Cuando comprendemos que, por causa de nuestros pecados, de nuestra elección de seguir nuestro propio camino, hemos traído deshonor sobre Cristo, y quebrantado el corazón de nuestro mejor Amigo, nuestra voluntad se quebranta y conocemos la clase de arrepentimiento "de que no hay que arrepentirse".

¿Qué nos dice todo esto acerca de la obediencia solamente por fe? Si no podemos producir arrepentimiento por nosotros mismos, si debemos acudir primeramente a Cristo para recibirlo como un don, y si es siempre y únicamente un don, entonces no hay nada que podamos hacer para ganar méritos o para pagarlo. Debemos recibirlo mediante una íntima relación con Cristo.

Y si el arrepentimiento incluye tanto la tristeza por el pecado como el apartamiento de este, entonces tanto la tristeza por el pecado, como el apartamiento de él son un

don. De modo que nada podemos hacer para abandonar el pecado, excepto mantener una relación diaria con Cristo.

De esta manera, la obediencia puede provenir solamente por la fe, debido a la naturaleza del arrepentimiento mismo. Debido a que el arrepentimiento es un don, la obediencia también debe serlo, porque solamente un arrepentimiento genuino hace posible una obediencia verdadera. Debemos obtener ambos mediante la búsqueda del compañerismo y la comunicación con Cristo.

CAPÍTULO 7: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO A QUE ES EL FRUTO DE LA FE

Jesús dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:4-5).

En Juan 15 se encuentra uno de los pasajes más notables de toda la Escritura en cuanto al método para alcanzar la obediencia. Nos enseña que el artículo genuino es el resultado natural, espontáneo y no forzado de alguna otra cosa. Consideremos el capítulo frase por frase.

"Permaneced en mí, y yo en vosotros". ¿Qué significa estar en Cristo y tener a Cristo en nosotros? Algunos han investigado todos los pasajes que se refieren a Cristo "en nosotros", y en forma separada todos los que hablan de estar "en Cristo".

El decano del departamento de Nuevo Testamento del Seminario Teológico Adventista realizó una investigación

exhaustiva del tema con una de sus clases. Su estudio concluyó que las frases "en Cristo", y "Cristo en vosotros" no significan nada más ni nada menos que estar en relación con Cristo, en compañerismo y comunión con él. No encuentra diferencia entre ambas. Si hablamos de estar en Cristo o de que Cristo está en nosotros, estamos hablando de estar en compañerismo y relación con él. ¿Qué significa la palabra permanecer? Si estudiamos la Biblia realizando un estudio de términos, encontraremos que significa sencillamente estar. Los dos hombres en el camino a Emaús dijeron al Extraño: "Ya es tarde; quédate con nosotros. Permanece con nosotros" (Véase Lucas 24:29). Así que cuando Jesús dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros", estaba invitando a entrar en relación con él y continuar en esa unión.

Hay dos cosas que son vitales para una vida cristiana exitosa: Ir a Jesús y estar con él. La primera no tiene valor sin la última, y evidentemente no podemos permanecer con él a menos que primeramente hayamos ido a él. En esto encontramos uno de los problemas del mundo cristiano popular. Personas que están engañadas con la creencia de que es suficiente con que, en algún momento de su vida, hayan tenido un encuentro con Jesús. Sin embargo, eso no es así. El problema del pecado se resuelve

únicamente manteniendo la unión con él. ¿Y cómo lo hacemos? En la misma forma en que fuimos a Jesús cuando lo hicimos por primera vez. "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él" (Col. 2:6). Todo es por fe y por los ingredientes que resultan en fe – la comunión con él.

Cristo prosiguió diciendo que el sarmiento no puede producir fruto de sí mismo, a menos que permanezca en la vid. Pero observemos que lo llama el fruto de la vid. No olvidemos que es el fruto de la vid, no del sarmiento.

Dios no desea producir fruto aparte de nosotros. Habiéndonos creado a su imagen, desea desarrollar fruto mediante nosotros. Pero si somos los sarmientos y tratamos de producir fruto mientras estamos separados de la vid, no obtendremos absolutamente nada. Los sarmientos solitarios se marchitan y se secan.

Sin embargo, el fruto procede de sarmientos conectados a la vid, lo cual demuestra otro punto interesante. Aun cuando estamos bajo su control, Dios nunca deja a un lado nuestras capacidades o facultades. Él obra a través de nosotros. Y cómo lo hace respetando al mismo tiempo nuestra libertad, es algo que probablemente sólo Dios puede comprender en su

plenitud. Podemos intentar explicarlo, pero nunca podremos hacerlo en forma completa. Como hemos notado, su control es un control de amor. ¿No sería más seguro confiar en él y en su sistema de hacer las cosas? Jesús también dice que produciremos mucho fruto si permanecemos en él, pero que sin él nada podemos hacer. Es decir que no podemos lograr nada en la producción de fruto. Habíamos visto anteriormente que no podemos hacer nada a menos que Dios mantenga latiendo nuestros corazones. Pero no es a esto a lo que Jesús se refirió aquí. Aun cuando tu corazón esté latiendo, dijo él, no puedes producir fruto espiritual separado de mí. Tus intentos por lograrlo terminarán en nada.

Recuerde nuestro minicurso de salvación solamente por la fe en Cristo Jesús: "Porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5), y "todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil. 4:13). Ya que sin él somos incapaces de hacer algo, pero con él podemos lograrlo todo, entonces lo único que nos queda por hacer es ir a él. Esta es la respuesta completa y final al asunto del esfuerzo humano deliberado.

"No presente nadie la idea de que el hombre tiene poco o nada que hacer en la gran obra de vencer, pues

Dios no hace nada para el hombre sin su cooperación. Tampoco se diga que después de que habéis hecho todo lo que podéis de vuestra parte, Jesús os ayudará. Cristo ha dicho: 'Separados de mí nada podéis hacer'." (Mensajes selectos, tomo 1, pág. 446).

Ahora bien, la misma autora, en el mismo libro, declara en la página 403, que "todo lo que el hombre tiene la posibilidad de hacer por su propia salvación es aceptar la invitación: 'El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente'." ¿Cómo lo hacemos? Permitamos que ella misma lo explique.

"En esta comunión con Cristo, mediante la oración y el estudio de las verdades grandes y preciosas de su Palabra, seremos alimentados como almas con hambre; como almas sedientas seremos refrescados en la fuente de la vida" (El Discurso Maestro de Jesucristo, pág. 96).

Por lo tanto, todo lo que podemos hacer en relación con nuestra propia salvación – en todos sus aspectos – es aceptar su invitación a entrar en comunión con él, mediante la oración y el estudio de su Palabra. Y mediante eso, permaneceremos en la vida. En cierta ocasión, un hombre me insultó cuando fui a invitarlo para nuestras reuniones evangelizadoras. No obstante – a pesar de su

profanidad – vino a las reuniones. De hecho, asistió todas las noches. Durante esas reuniones, investigamos los tres ingredientes de la comunión con Dios. Estudiamos la Biblia, oramos, y dijimos lo que Jesús significaba para nosotros.

La comunicación con Jesús – la contemplación de su carácter – tuvo su efecto. El Espíritu Santo atrajo al hombre a Cristo, y tuve el gozo de entrar con él a las aguas bautismales. Años más tarde volví a encontrarme con él, y para mi alegría, todavía permanecía en Cristo mediante los mismos métodos por los cuales había venido a Cristo la primera vez. Había estado invirtiendo tiempo en la lectura de la Biblia, en la oración, y en el servicio cristiano. ¡Y el fruto era manifiesto!

"¿Recuerda usted el día que me insultó?" le pregunté.

"¡Oh, yo nunca hice eso!" contestó.

Si después de venir a Cristo durante esas reuniones, él no hubiera hecho nada para mantener esa comunión, habría reincidido en la práctica de insultar a la gente; se lo garantizo.

En cierta ocasión, alguien me dijo que, en la teología cristiana de la salvación por la fe, la justificación es la raíz y la santificación es el fruto. Pero luego agregó que en la

santificación uno debe luchar arduamente contra el diablo, y esforzarse para vencer el pecado y para obedecer los mandamientos de Dios.

Sin embargo, si la santificación es el fruto, será el resultado de aceptar la justificación. El fruto es natural y espontáneo.

"Sin embargo, el Salvador no invita a los discípulos a trabajar para llevar fruto. Les dice que permanezcan en él" (El Deseado de todas las gentes, pág. 621). El trabajo consiste en permanecer en él, no en tratar de producir fruto.

"Pero la obediencia es el fruto de la fe" (El camino a Cristo, pág. 60). De esta manera, si uno es el resultado y el otro la causa, ¿dónde debe poner usted su esfuerzo y atención? Si los invierte en el logro de la relación de fe, el fruto aparecerá como una consecuencia inevitable.

Esa es la razón por la que algunos de nosotros hemos tomado la posición de que la obediencia genuina es natural.

Otros creen que el camino a la obediencia es resistir al diablo, y citan Santiago 4:7: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros". Pero no debemos olvidar la primera parte del

versículo, "Someteos, pues, a Dios". Usted puede pensar que el pasaje está hablando de dos cosas, pero he consultado con algunos eruditos en griego, y me explicaron que las dos frases se equiparan la una con la otra. No se trata de que usted hace una cosa y después la otra, sino más bien que la forma en que resiste al diablo es mediante el sometimiento de usted mismo a Dios.

"Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros'. Cuán preciosa es esta promesa afirmativa para el alma tentada. Ahora bien, si el que está experimentando angustia y tentación mantiene sus ojos en Jesús, y se acerca a Dios, hablando de su bondad y misericordia, Jesús se acerca a él y las molestias que pensó que eran casi insoportables se desvanecen... El alma que ama a Dios se goza en extraer fortaleza de él, mediante la constante comunión con él. Cuando llega a ser un hábito del alma conversar con Dios, el poder del malo es quebrantado, porque Satanás no puede permanecer cerca del alma que se acerca a Dios" (Comentario Bíblico Adventista, tomo 7, pág. 937).

Reiterándolo, nuestro esfuerzo por vivir la vida cristiana debe concentrarse en acercarnos a Cristo, renunciando al yo, y sometiéndolo a él; todo lo cual lo logramos mediante

la comunión con él. El resultado se verá en cambios en la conducta. ¿Le gustaría saber con certeza si es o no un genuino seguidor de Cristo? La evidencia definitiva no estriba en si usted está exhibiendo o no una buena vida. Eso no prueba nada. Mucha gente ha exhibido vidas buenas sin Jesús, por lo menos vidas que fueron exteriormente buenas. En nuestro mundo hay quienes están dispuestos a dar su camisa al mismo tiempo que maldicen a Dios. Una conducta exteriormente buena, puede ser el resultado de toda clase de malas razones.

Por lo tanto, ¿cómo puede usted saber si es un cristiano? El Camino a Cristo nos proporciona dos pruebas. Ellas consisten en lo siguiente: En quién le gusta pensar, y de quién le gusta hablar. Si a menudo descubre que está pensando en Jesús y hablando de él, eso puede ser la mejor demostración de si es o no un cristiano genuino.

Los cristianos primitivos recibieron este nombre debido a que Cristo era el tema de sus conversaciones. "Cristo hizo esto, y Cristo dijo eso", y finalmente, la gente que los escuchaba dijo: "Podemos muy bien llamarlos cristianos". ¿Cómo nos rotularían a nosotros si tuvieran que basarse en aquello de lo cual generalmente hablamos? El cristiano continuamente se espacia en Jesús, en su amor,

en su gracia sostenedora, en su vida y en su sacrificio por nosotros. Eso es lo que lo mantiene en comunión con Dios. Y si permanecemos en la vid, produciremos mucho fruto. Se trata del fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, etc. (Gál. 5). Son cualidades internas que resultan en una obediencia externa. En Hebreos 12:11 y Filipenses 1:11, se habla de los frutos de la justicia. La obediencia es siempre y únicamente por la fe – debido a que es el fruto de la fe, nunca el resultado de nuestros propios esfuerzos.

Al recibir a Cristo día tras día, entregándonos a él, permanecemos en él. La experiencia nos recuerda continuamente que sin él nada podemos hacer. Y cuando vemos nuestra condición, y nuestro total fracaso en producir fruto estando sin Cristo, renunciamos a tratar de producirlo por nosotros mismos, y caemos sobre nuestras rodillas con Pablo admitiendo que somos incapaces de hacer el bien que tratamos de realizar. Solamente entonces descubrimos lo que significa estar verdaderamente conectados a la vid.

CAPÍTULO 8: LA OBEDIENCIA PROVIENE SOLO DE LA FE DEBIDO AL EJEMPLO DE CRISTO

Aunque hemos tratado de centrar nuestra atención en Cristo en toda nuestra reflexión, nuestra prueba final de que la obediencia es solamente por fe es la persona de Jesús mismo. Jesús es el argumento culminante, si es que podemos llamarlo así, debido a que es nuestro mayor y único ejemplo de obediencia genuina, y él lo hizo todo por medio de la fe. Lo logró a través de su dependencia del Padre, y nos invita a depender de él y de su Padre.

Nuestro Salvador no solamente murió por nosotros – pagando el precio de nuestra salvación – sino que vivió su vida en la tierra para sernos ejemplo, mostrándonos cómo vivir.

"Como Hijo del hombre, nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios nos imparte poder para obedecer" (El Deseado de todas las gentes, pág. 24). Jesús nunca fue nuestro ejemplo en la justificación – porque no necesitó ser justificado. Pero fue nuestro ejemplo en la santificación.

El cielo lo apartó para un propósito santo desde el mismo comienzo, y toda su vida la vivió mediante la fe en otro poder en vez del suyo propio.

"Todo acto de la vida terrenal de Cristo se realizaba en cumplimiento del plan trazado desde la eternidad. Antes de venir a la tierra, el plan estuvo delante de él, perfecto en todos sus detalles. Pero mientras andaba entre los hombres, era guiado, paso a paso, por la voluntad del Padre" (El Deseado de todas las gentes, pág. 121). Fue así como llegó a ser nuestro ejemplo en la vida de fe.

En Apocalipsis 14:12 se habla del pueblo que vivirá precisamente antes de que Jesús vuelva. El pasaje los describe en tres aspectos.

(1) "Aquí está la paciencia de los santos". Han aprendido a ser pacientes consigo mismos, como lo es Dios con ellos, y han rehusado permitir que el diablo los desanime cuando experimentan los dolores propios del crecimiento. De esta manera no permiten que el enemigo los haga renunciar a su relación con Cristo cuando se sienten insatisfechos con su desempeño. Independientemente de lo que ocurra, permanecen con Jesús.

(2) "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios". Obedeciendo la ley de Dios, no prestan meramente un servicio de labios, pero guardan los mandamientos de Dios.

(3) Finalmente, ellos tienen "la fe de Jesús".

¿Qué clase de fe tuvo Jesús? ¿Fue confianza o dependencia de otro poder? Si hubo alguien que pudo haber confiado en sí mismo, ése habría sido Jesús. Porque no solamente fue hombre, sino que también era Dios, y tuvo habilidades que nosotros jamás podríamos pensar siquiera en tener. Por lo tanto, pudo haber hecho cosas que para usted y para mí serán imposibles de realizar.

¿Se sintió tentado alguna vez a transformar piedras en pan? He tenido muchas tentaciones, pero ninguna parecida a esa. ¿Por qué trató el diablo de lograr que Jesús transformara las piedras en panes? Porque sabía que podría haberlo hecho. El diablo es suficientemente astuto como para no perder el tiempo tentándonos a nosotros a realizar algo así, porque sabe que no podemos hacerlo. Pero Jesús tenía el poder para hacerlo. Y el intento constante de Satanás a lo largo de toda la vida de Cristo, fue tratar de lograr que Jesús quebrantara la relación de fe con su Padre e hiciera algo por sí mismo.

Cristo vino a tomar nuestro lugar, vino a morir sobre la cruz por nuestros pecados, y no debemos olvidarlo nunca. Pero Jesús también nos mostró cómo vivir mediante el sometimiento a Dios.

En una ocasión uno de los discípulos de Jesús le dijo: "Señor, muéstranos al Padre. Tenemos curiosidad. ¿Por qué no podemos ver al Padre?" "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido? –contestó—. Si me habéis visto, habéis visto al Padre". Luego añadió: "¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras" (Juan 14:10). Ni siquiera las palabras de Jesús fueron las suyas, mucho menos sus milagros o su obediencia. Estaba tan sometido al Padre que sólo el Padre aparecía en su vida.

Jesús también dijo en Juan 5:30: "No puedo yo hacer nada por mí mismo". Repitió el mismo pensamiento expresado en Juan 8:28. Cristo no quiso decir que no podía haber hecho nada que él eligiera hacer por el poder que le era inherente. En cambio, vino a demostrarnos a nosotros cómo vivir, y de ese modo vivió dependiendo de su Padre, rehusando emplear el poder que había en sí

mismo. Y esta es precisamente la forma en que nosotros debemos vivir.

Es una tremenda ironía que Cristo, quien poseía poder en sí mismo, que podría haber utilizado, dependiera constantemente de un Poder proveniente de arriba. Y nosotros que no tenemos nada en nosotros mismos capaz de producir obediencia, tendemos a depender de lo que no tenemos. Jesús, quien fue Dios, vivió como hombre, a través de la dependencia de Dios. Y nosotros, que somos hombres, tratamos de vivir la vida como si fuéramos Dios.

De modo que cuando leemos que Jesús dijo que no hacía nada de sí mismo, no estaba diciendo que era incapaz de hacer algo, sino que estaba cumpliendo el plan de salvación al mostrar a los pecadores pobres, débiles y en lucha, cómo vivir mediante la fortaleza que viene de arriba, en vez de tratar de hacerlo por sí mismos.

Para él fue diez mil veces más difícil permanecer en ese estado de sometimiento, que lo que puede serlo para usted y para mí, debido al poder que tenía en sí mismo. ¿Quién tiene mayor tentación de usar el poder, quien lo tiene o quien no lo tiene? Jesús tenía poder, pero nunca lo usó, y nos invita a vencer en la misma forma en que él lo hizo – mediante una estrecha relación de fe, de tal manera

que la obediencia proceda solamente de la fe en Dios. Esa es la única forma en la que cualquiera de nosotros puede obedecer.

Nuestro Salvador no solamente demostró que la ley podía ser guardada, sino que hizo provisión para cada uno de nosotros.

Cristo no tuvo ventajas sobre nosotros (El Deseado de todas las gentes, pág. 94). Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros (El Deseado de todas las gentes, pág. 123). Podemos seguir el ejemplo de obediencia de Jesús (El Deseado de todas las gentes, pág. 54); podemos vencer como él lo hizo (El discurso maestro de Jesucristo, pág. 13); podemos obedecer como él lo hizo (El Deseado de todas las gentes, pág. 275). La ley de Dios puede ser obedecida por cada hijo de Adán, por medio de la gracia (El discurso maestro de Jesucristo, pág. 31). La vida de Jesús en nosotros producirá el mismo carácter que en él (El discurso maestro de Jesucristo, pág. 78).

"Satanás había aseverado que era imposible para el hombre obedecer los mandamientos de Dios; y es cierto que con nuestra propia fuerza no podemos obedecerlos. Pero Cristo vino en forma humana, y por su perfecta

obediencia probó que la humanidad y la divinidad combinadas pueden obedecer cada uno de los preceptos de Dios" (Palabras de vida del gran Maestro, pág. 290).

"Cristo soportó la tentación mediante el poder que el hombre puede obtener. Se aferró del trono de Dios, y no hay hombre o mujer que no pueda tener acceso a la misma ayuda... Los hombres pueden tener poder para resistir el mal – un poder que ni la tierra, ni la muerte, ni el infierno pueden doblegar; un poder que los colocará donde puedan vencer como Cristo venció" (Review and Herald, 18 de Febrero de 1890). "Jesús no reveló cualidades ni ejerció facultades que los hombres no pudieran tener por la fe en él. Su perfecta humanidad es lo que todos sus seguidores pueden poseer si quieren vivir sometidos a Dios como él vivió" (El Deseado de todas las gentes, págs. 619, 620).

"Hombres y mujeres pueden vivir la vida que Cristo vivió en este mundo si se revisten de su poder y siguen sus instrucciones. Pueden recibir, en su lucha con Satanás, todos los socorros que Cristo mismo recibió. Pueden llegar a ser más que vencedores, por Aquel que los amó y se dio a sí mismo por ellos" (Joyas de los testimonios, tomo 3, pág. 291).

¿Podemos realmente obedecer y triunfar sobre el pecado como lo hizo Jesús? ¿Podemos tener la misma clase de fe y confianza en Dios?

En Apocalipsis 3:21 se encuentra la promesa especial dirigida a la última iglesia, justamente antes de que Jesús regrese, y declara llanamente: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono".

Apocalipsis 14:12 dice que el pueblo de Dios guarda sus mandamientos y tiene la fe de Jesús. Su victoria y obediencia están a nuestra disposición, mientras dependamos de su Poder en lugar de depender de nosotros mismos.

Quisiera concluir con una nota de ánimo para aquellos que, aun cuando se sienten estimulados con la idea de la obediencia solamente por fe, se dan cuenta con pesar de que todavía no están obedeciendo perfectamente. Cada día yo tengo la imperiosa necesidad de la gracia justificadora de Dios. Pero mi fracaso no invalida el hecho de que Dios tiene el poder disponible para guardarme de pecar. Dejemos de medir la verdad por nuestra experiencia personal.

Podemos estar agradecidos hoy porque podemos tener paz con Dios por lo que Jesús hizo en la cruz. Pero aún más, podemos tener gratitud porque Cristo tiene poder de guardarnos del pecado. El doble mensaje de perdón y obediencia es el corazón de la misión del remanente. Es lo que distingue a un adventista del séptimo día. Si todavía tiene fracasos en su vida, recuerde que también los tuvieron los discípulos. ¿Se siente frustrado por sus fracasos? ¡Bienvenido al club! Lo mismo me ocurre a mí.

Pero ¿debieran sus pecados desanimarlo en la búsqueda de la relación de fe y comunión con Jesús? ¡Diez mil veces no! Porque cuando nos apartamos de nosotros mismos para ir a Jesús, comprendemos que no hay posibilidad alguna de que podamos perdernos. Solamente cuando nos contemplamos a nosotros mismos, caemos en el desánimo.

Y eso, por supuesto, es lo que el diablo trata constantemente de obligarnos a hacer. Él sabe que, si puede desanimarnos por nuestro comportamiento, al punto de que dejemos de buscar continuamente el compañerismo con Cristo, nos habrá separado de la única

avenida posible para la obediencia y la victoria – y que nos habrá quitado también la seguridad de la salvación.

De modo que, lo invito a dejar de mirarse a sí mismo y a fijar su atención en Jesús, la única fuente de fe, y depender de un poder superior a usted. Viva la vida de fe que Jesús vivió mediante una aceptación renovada de su invitación amistosa: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3:20).